

DIAS SIN CASURA
FRANCESCA GARGALLO



Leega

Literaria

Días sin Casura es un recorrido por un tiempo incierto en que se mezcla la revolución nicaragüense, la infancia y sus fantasmas, los amores perdidos, las grandes pasiones de la vida toda.

Es también una excelente narración, y un bello ejercicio poético. Es, cuando se suman todos estos factores, una novela que sorprenderá a críticos y lectores.

DIAS SIN CASURA
FRANCESCA GARGALLO



Leega

Literaria

Diseño de portada: Oscar Soles

Foto del autor: ARCHIVO LEGA

Primera edición: Septiembre de 1986

- © Francesca Gargallo
- © Editora y Distribuidora Leega, S.A. de C.V.
México / Buenos Aires / Madrid
Buen Tono No. 94 Col. Industrial
México, D.F. C.P. 07800

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

ISBN: 968-495-035-7

Impreso en México

DIAS SIN CASURA

FRANCESCA GARGALLO



*La memoria mete y saca su aguja,
de arriba abajo, de acá
para allá.
Virginia Woolf*

*. . .nunca hemos separado el se-
xo del sentimiento, del amor
al hombre como un todo.
Anaís Nin*

*A Edoardo Ventimiglia
por ser parte de mi vida*

Cabezas cubiertas por un velo oscuro, las prostitutas bajan las escaleras de sus balcones adornados con albahacas. Vírgenes asustadas, acuden a la sola figura masculina cuya presencia no perturba los sentidos: el párroco. Se reúnen, se insultan, a veces en verano toman juntas un sorbete de limón. El sexo las excluye de la mundana ocupación de entablar amistades con los machos de su especie, como si para venderse sin caer en el pecado, fuese necesario consagrarse a una soledad estúpida, sin entrega, sin pasión. El catolicismo y su inquisición han obrado en las calles del que fuera el último baluarte de la Magna Grecia, del amplio y universal espacio que descansaba en un heroísmo sin sacrificio, una divinidad sin pecado.

De los siete barrios que la componen yo nací en el más duro: una pequeña isla lanzada al mar cerrándole paso a toda posibilidad de huida, obligando a sus habitantes a una resistencia simple y recia ante la vida televisiva que lanza sobre Sicilia un idioma desconocido,

cse italiano impuesto, como antes el latín, por la capitulación de la aristocracia frente a su nuevo señor.

Casura, sumisa con las castas altas de su interna jerarquía, era neciamente hostil a toda innovación que llegara del exterior. Callaba las evidentes perversiones del alcalde, reeligiéndolo cada siete años. No obstante, pocos meses antes de que yo naciera, frente a los ojos horrorizados de mi madre, que robada a su sacerdotal mundo romano nunca llegó a comprender a mis conciudadanos, cinco mujeres lapidaron a una turista. Enaltecida por los descubrimientos hechos sobre el templo de Atena, transformado en una catedral cualquiera, había entrado al sagrario en traje de baño.

Me escapé por primera vez a los seis años. Era demasiado aburrido el transcurrir de las horas en que nada se dejaba al azar. La abuela corría con sus patines por las baldosas rojas de la terraza y no nos permitía jugar con ella. Dos horas por la mañana y dos por la tarde, mi madre tocaba el arpa. Tenía un pacto con mi padre: él debía salir durante esos momentos para que ella no se sintiera abandonada en esa casa extraña, de techos altos, adornada como un museo en decadencia, de la cual ni él ni la abuela ni un viejo tío enfermo le permitían salir. Mi hermana Anna jugaba por horas con Livia, mientras yo pedía incesantemente al guardián que repitiera las historias del palacio que me daban pánico en la noche.

Escapé, pero no sabía adonde ir. Niña rica, no tenía la menor idea del dinero. Me fugué así nomás, en un momento en el que estuvo abierto el portal. La histeria que reinaba en esa casa hizo que Anna fuera golpeada

duramente para descargar los nervios de mi padre. Mientras tanto yo descubría el placer de romperme la ropa bajando por los muros de contención del puerto en cuyas aguas sucias aprendí a nadar. Fue por Alfio, un muchacho que ahora capitanea su barco pesquero. Desde una roca indagó qué hacía en su territorio. Contesté que había perdido su lugar y en la batalla que siguió caí al agua mientras pasaba un guardacosta. El terror de ser devuelta a mis padres hizo que moviera las piernas como una nadadora consumada. La felicidad de aquel día no la he vuelto a sentir.

Casura, ese barrio, o ciudad de Casura, que era mía, me abrió desde entonces toda su complicidad. Todavía hoy es mi más celosa amiga. Robé con Alfio en los almacenes de mi padre, nos subimos luego en un bote que limpiaba los flancos de los grandes navíos que llegaban de Malta y vi a un tiburón con su espina y su gran boca dentada abierta en busca de aire y movimiento. Pasamos por las murallas del castillo que domina la punta de nuestra isla burlando a los militares ahí residentes y grité de felicidad cuando Alfio me ayudó a matar al pulpo que agarré entre las rocas.

Esa noche dormí en el puerto. Descubrí que era más que un escape; amurallado conservaba el orgullo de una inexpugnabilidad militar doblada por el engaño. Me daba la seguridad necesaria para dormir el primer sueño sin pesadillas de mi vida.

Mi padre me paseó con un lazo para perros por toda la calle de casa cuando me encontraron. A los golpes siguió una larga prédica referente a los peligros y luego

los lloriqueos sobre la maldad de mi espíritu. Dejándolo tuerto, esa misma noche mi padre disparó contra su hermano.

Casura está lejana como mis seis años y no entiendo porque tuvieron que dispararle al jeep si llevaba su cartel de PRENSA.

Alejandro llega corriendo. Se oyen disparos. Su cámara cuelga grotescamente de un hombro empapado de sangre.

—No harán caso. Disparan a lo loco.

Hay guerras que duran años y de repente dejan de interesar hasta cuando no se vuelven horriblemente sanguinarias y a las mismas señoras que en sus casas lejanas acuden graciosas a los pedidos de su perro, se les remueven las tripas.

¿Cómo llegar a un télex? No hay nadie aquí más que nosotros.

—¿Tu hombro?—, pregunto para saber si va a aguantar hasta el correo. No intento mostrarme preocupada. Algo me impide sentirme amiga de Alejandro. En sus fotos veo lo que temo leer en mis artículos. Un desesperado ánimo de joder a lo que sea para llegar antes que los demás.

—¿Tu miedo?— responde liberándome de todo complejo hacia él.

Abro la puerta. Me han contado que los ricos se han ido cargando con sus cosas. Miro la casa antes de lanzarme a la calle y me detengo frente a un gran espejo de marco dorado sobre el cual cuelga, por un extraño motivo, la bandera mexicana con su águila sobre un nopal, atada por un cordel a una imagen de la Virgen

de Guadalupe. Símbolos de un país que, aunque lejano, es más bien amigo de la otra parte.

Me tiro sobre Alejandro, un mortero vuela el techo de tejas con estruendo. Veo con una emoción rara pedazos de cielo abrirse paso por el muro destartado y blanco. La misma sensación que me acompañaba en mis fugas, ese deseo y la rápida actuación de algo que ponía en la mesa, de una vez, todas mis barajas. Nunca sabía hasta donde llegaría, no lo hacía con un fin preciso sino para sentirme libre un rato. Gozaba como ahora respiro tras respiro, momento tras momento el placer de tener una piel que se raja contra la madera de las puertas en las que me arrastro y una astucia malosa que me permite mirar a mis perseguidores buscándome sin posibilidad de verme. Me ponía, como me pongo, a la vista. Me expongo, como dirían en el periódico, y gozo.

—Saca la bandera blanca y quítate de ahí.

—¿Tás loco! — Me como las eses cuando me emocionó en esta lengua que con el tiempo se ha hecho tan mía: —Si nos ven no nos darán tiempo de identificarnos.

De algún modo es cierto, pero hay algo más. Quiero fotografiarlos mientras escapan. Difícilmente van a buscar casa por casa. En Beirut, Neghib me hizo correr sótano por sótano de un punto a otro de la ciudad. Abrimos las cajas de la riqueza maronita con sus joyas enormes y de mal gusto: billetes que a pesar de la guerra se revaluaban constantemente, estatuillas doradas de Cristos crucificados, iconos, esos recuerdos que los ricos pueden permitirse guardar por años: los primeros calcetines de sus hijos, un baberito, el cuadrado que lleva anotado un *je t'aime, maman*. En un sótano

más pobre, donde el olor a humanidad da a entender que la gente que ahí se refugiaba apenas ha salido, encontramos una cajita con una prótesis. Un ojo negro, violento, que nos miraba desde un colchoncito blanco de algodón. “¡Ciérralo!”, gritó Neghib, “los ojos tienen muchos poderes”.

En los sótanos de Beirut vi las peores barbaridades que el hombre comete. Niños arrastrados por los testículos con la cabecita golpeando el piso. Una lucha racial, no es cierto que los israelís sigan siendo semitas. Y Neghib abrazándome, besándome para que me sintiera viva, repetía como un telégrafo lanzando su S.O.S.: “Escribe, no dejes nada por decir a tu pluma”. Neghib cuya sangre sentía correr por la mía, sin violencia, como si mi tierra hubiese sido suya no por conquista sino por amor.

—De aquí no se han ido sólo los ricos. Vas a ver que no nos van a buscar.

Alejandro me mira con odio, intuye que tengo razón pero refunfuña: “Necesito un médico”, como si fuera posible en el caos que se está desatando buscar un cirujano. Sólo me queda asustarlo: “Tu brazo se va a curar, pero si encontramos un médico puedes estar seguro que te lo corta”.

No sangra ya. Apenas lo ha rozado la bala.

—¿Es cierto que las balas que te impactan no suenan como las demás, que no se oyen? —Hemingway escribió sobre la guerra civil española que sólo la bala que no mata silba.

—Isabella, no he muerto—. Me reprocha un hilo de voz.

No quiero a Alejandro, no me gusta trabajar con hombres y presiento que *El Correo* me lo ha puesto al

lado para cuidarme. Hace tiempo, compartimos el pequeño departamento de Rue Grégoire de Tours con Horacio y Quique. El piso de los negros, como lo definía nuestro bondadoso *Concièrge* que consideraba a los sicilianos africanos mafiosos y a los suramericanos “indios zulú”.

Cuatro metros por tres, una cocineta de gas, un refrigerador y un baño con tina. La mesa redonda servía para estudiar, comer y leer el periódico. De día, una arriba de la otra, las colchonetas formaban lo que bautizamos altaneramente un sofá; de noche las tendíamos de modo que todo el suelo se llenara con nuestros cuerpos friolentos.

Mis poesías se nutrían de historia moderna y riñas de dinero, y de los paseos que me llevaban al Louvre donde inventariaba lo que fuera por los mil francos mensuales que redondeaban mi magra beca. Caminando me daba por llorar de tedio, de rabia, por el espíritu de aventura que París me estaba matando con sus clases estandard, con su río odioso y su Rue de Buci donde robar era tan natural como ver los frutos tropicales congelarse al aire de la Europa nocturna.

—¿Has obtenido el divorcio?— Alejandro me mira con una gratitud que no le conozco. Interesado en lo que pregunta: —Siempre me he sentido culpable por no haberte ayudado esa mañana—, agrega estirándose lo mejor que puede en mi saco de lana azul marino: —Me siento mejor— Guiña un ojo.

Los tiros se alejan y vuelven como si la victoria y la derrota estuvieran peléandose el derecho de aparecer

en nuestras fotos. En Beirut aprendí que el ejército precede sus allanamientos con bombos y platillos. Aquí, ahora, tiene otras cosas que hacer. Defenderse, por ejemplo. Me acerco a la ventana. Por los hoyos que la recorren tengo un amplio panorama. El ejército se ha replegado hacia una casa esquinada de tejas café con ventanas altas, pueblerinas: la pintura y los vidrios se han resquebrajado de la acera al techo. De ellas aparecen cañones de M16 y un pequeño mortero cuyo retroceso está asegurado por una puerta abierta. Es apenas un grupo abandonado. Los demás han subido a los helicópteros que escuchamos alejarse. Hay menos tiros, pero nadie se puede acercar. Las dos calles están perfectamente bajo mira. Alguien putea. La puerta se abre bajo un empujón violento. Alejandro grita. Corro hacia él:

—¡Somos de la prensa. De *El Correo* de México! , alcanzo a decir.

—¿Qué hacen aquí?

—Nuestro jeep. . . —Una carcajada me corta la palabra.

—Te vimos injuriarlos, a vos—. Me explica el primero y tras él entran dos muchachos jóvenes. Caras aindiadas de cualquier lado de América. Rien como si yo fuera la cosa más divertida de su vida. Furiosa, en la mañana, había lanzado una piedra en dirección al mortero recordando las profesiones de todas las madres y abuelas de milicos y augurándoles las peores muertes mientras mi coche se incendiaba. Alejandro, desde una casa, me hacía señas para que me alejara, pero yo, roja como una sandía partida al sol, seguía puteando y pataleando.

—De ahí los ven muy bien— digo para que recobren su realidad dejando de reírse de mí.

Pantalón de mezclilla, camisa verde con grandes manchas de sudor y las mismas armas que los militares colgando, el primero se acerca a la ventana. Se arri-ma como pocos instantes antes había hecho yo por una pequeña repisa de cal, abre la ventana y cae de espaldas. La ráfaga lo agarra en un ojo, dejándolo con una órbita agigantada y sangrienta mirarnos para siempre.

Hay algo que intimida en los muertos. Un cierto saber, que Horacio decía ser la presencia de lo eterno, se expresa en su lento desaparecer cambiando, trocando la piel por gusanos, los huesos por polvo y un permanecer que da inicio al recuerdo liberado del cuerpo y de la posibilidad de seguir discutiendo. La muerte eterniza el pasado. No soporto su inmutabilidad de la cual el *rigor mortis* es tan sólo un aspecto externo, inmediato.

Alejandro me pasa el brazo sano por la espalda.

Me disgusta trabajar con hombres porque está siempre abierta la posibilidad de encamarse. Dejarse ir, besarlos y sentirse consolada sin tener que esforzarse en largas discusiones durante las cuales las ideas se hacen más confusas y difíciles. Y entonces, penetrada esa débil protección de inteligencia que levantamos para construir nuestro yo frente a los demás, toda relación cae en el simple copular, en el apaciguamiento de los miedos y las esperanzas por medio de un acto que a veces imagino hacer con otros sexos, no el mío ni el del hombre que me acompaña, sino sexos externos a nosotros, que no nos pertenecen y pueden cambiarse cada vez que el uso o el deseo de novedad así lo exijan.

Los dos muchachos ya no se ríen. Agarran a lo que era su jefe, lo arrastran delicadamente hacia un rincón de la sala grande en la que nos movemos y se apostan a

las orillas de la ventana. Percibo esta muerte como si el disparo que la provocó hubiese sido dirigido por mi mano.

—Debemos salir—, insiste Alejandro —En unos instantes, esto va a ser una locura.

Alejandro separa los pies sin mover las rodillas, como un pato, balanceándose de un lado a otro de su cuerpo fuerte, ligeramente obeso. Era un invierno de nieve, cuando tirándonos manazos por Saint Germain des Près lo vi correr por primera vez y, creyéndolo una broma, no pude retener una carcajada. Horacio me amonestó: “La falta de represión ha hecho de los europeos unos cínicos”.

—No nos va a dar tiempo, es muy largo el trecho que nos separa de la otra casa— digo, sabiendo que él no podría seguirme.

—Saca la bandera blanca.

—No nos van a creer: los han visto entrar.

Alejandro se tira contra una pared. El hombro le duele horriblemente, pero sabe que tengo razón. Me da rabia pensar que por su situación sería capaz de perdonarle. De todos modos lo ayudaría, es una herencia característica de mi mayorazgo.

—No te preocupes, esto va a durar poco.

Pedazos de tejas sobrevuelan velozmente nuestras cabezas para ir a incrustarse en el adobe duro de la pared en que se sostiene, a pesar de todo, la luna. Un espejo roto son siete años de desgracias ya que en él se separan el reflejo de la persona. Neghib se reía de mis supersticiones, aunque no se acercaba nunca a lugares nuevos sin rezar *vengo para conocer, no para ofender*.

—Voy a ver.

Me acerco a la ventana por arriba de los hombros de

uno de los muchachos. Gruesas perlas de sudor le chorrean el mentón, sus manos apenas rozan el gatillo. Mira como yo una escena formidable. Mientras la calle vacía es regularmente barrida por ráfagas y la puerta trasera de la casa esquinada se abre para dejar escapar el retroceso de fuego del 90 milímetros, seis hombres se apoyan uno al otro para subir a los techos como en un juego de niños. Se jalan, se empujan, pasándose extrañas pelotas con cuidado. Sin zapatos caminan hasta llegar al centro de la casa. Sus machetes empiezan a abrir las tejas sin el menor ruido. De repente unos disparos. Dos hombres vuelan del techo. Los otros hunden sus cuchillas y desploman la mitad de las tejas. Lanzan sus pelotitas de trapos y nitroglicerina. El techo entero se cae. Hay humo y gritos. Blasfemias. El muchacho en el que me apoyo lentamente alza su rifle, apunta. Son segundos. Estoy sudando. Alejandro cierra los ojos, reza como le enseñaron los jesuitas en Concepción, sin pedir nada, esperando que Dios interprete sus deseos. “¡Nos rendimos!”, gritan de pronto los soldados. Mi cámara estalla, el motor consume una foto tras otra. Los dos muchachos me abrazan a la vez. Salto de la ventana. Agarro a Alejandro. Salimos al sol de una mañana blanca.

Participamos de la ciudad. Olvido de prender la grabadora, escucho todo lo que se confunde en mi mente, lo mezclo con imágenes. Nueve soldados saliendo con las manos en la cabeza. Una niña llorando. Varios mocosos recogiendo casquillos. Uno de los hombres del techo, el rostro cubierto de sangre y tierra, partido en dos por una larga herida, arrastra a un militar, un suboficial que apenas levanta la cabeza. “¡Ayúdenlo!”, dice el hombre: “está más grave que yo” y se aleja. Cua-

tro jóvenes llegan con un botiquín. Muchachas cuadradas y morenas que limpian, desinfectan, cargan en camillas de palos y chaquetas. Una de ellas dice: "Está sólo desmayado, pero mejor llevémoslo al hospital" y se acerca al hombre del techo. Este le sonríe apenas: es su padre.

El camión dobla lentamente la curva. Duermo con el dinero apretado en la mano. Alejandro revisa papeles atiborrados de notas, acotaciones que le impresionan. Poco antes de alcanzarme, el Tato Cervantes le había dicho: "Isabella trabaja como un marino que se emborracha. Ama escribir, pero no su trabajo. En la búsqueda de noticias vive el doble infierno de poder mantenerse, decir y ver su nombre estampado y recordar constantemente el fracaso de sus libros. El periodismo ha invadido sus poemas, mas en cada artículo que envía, noto la poesía luchar para sobrevivir como si el télex fuera mejor medio que las consultas de los editores".

Recuerda un paseo por las duras horas del toque de queda. Los fuegos encendidos en las esquinas donde apenas se oyen repiquetear los pasos de los transeúntes espantados. Militares que se pierden en las siluetas oscuras del pánico que emanan. Las tejas lavadas por una lluvia ligera, refrescante, como una flor que se divisa más allá de los cedros quemados. El llanto de un niño sofocado por la mano de un padre que después llorará su muerte. La vida suspendida, un desfile secreto de armas. Con su cruz roja, un médico corre hacia la casa de una parturienta. Disparos. Miedo. La invasión del territorio nacional, toda la traición que se presiente en la negra muerte voluptuosa del mediterráneo.

Recuerda un largo artículo sin noticias, sólo el espíritu que emana y persiste como dura poesía real. Beirut lo llevaba de la mano a su Concepción helada. La granada que le deshizo la rodilla izquierda. Sus gritos. Horacio arrastrándolo hasta un portal. La vieja que le lavó la cara vomitó al mirarle las piernas. Y mientras tanto, Chita en Santiago. "Tengo sólo veinte años, por favor. Por favor". Ese mismo día, Isabella acompañaba a su primo por los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Roma. El profesor de Historia Moderna salió corriendo de su cubículo: "Golpe de Estado en Chile. No puede haber socialismo. ¿Por qué, por qué?" Gritó y, luego, llamando a sus demás colegas para publicar un desplegado, preguntó: "¿Cuál es la capital de Chile?"

Isabella en sus dieciseis años, trasladada a esa Roma falsa que detestaba, se escapaba para volver a Casura. Alfio diciéndole que ya no podían estar juntos, que si su padre los sorprende los mandaría matar. El dinero robado en casa de su tía: "Mitad para tu barco, mitad para mí". Y Turquía, esta vez sin policía detrás, con mi pasaporte. Deseé morir en Estambul, luego en Izmir y en toda la Anatolia. Con un velo. Con un sueño. El puñal comprado en Samsun, con su Atatürk en la hoja, dos, tres veces en la espalda de Kemal que quería violarme mientras lo seguía por las playas cenicientas del Mar Negro.

Prometí regresar. Cerca de Adana, a seis horas de caballo, Aslan, mi león, me hace besar el suelo kurdo. Juro, vuelvo a jurar, lloro: volveré. Mi primer libro, *Camminare*, 27 poemas y el premio de la alcaldía de Casura. Alejandro piensa en mí y yo me estoy soñando como era.

Al sur, siempre al sur
el camino me arrastra
alma enloquecida.

Una poesía en primera persona que me costó un año de encierro psiquiátrico.

—No le va a gustar—. Alejandro me sacude: —Ya no le interesan estas cosas. Quieren muertos, números. Un guerrillero acogotado. Nuestros lectores buscan la puerta a la sensibilidad por medio de hechos repugnantes. Ojalá muramos para que nos puedan llorar y recordar tan fieles a sus necesidades.

Despierto. Alejandro quisiera estar en la superficie de ese oleaje profundo que es la vida, sacudido por los vientos de las modas literarias, por las burdas noticias de agencia. Pero no le creo. Aunque no tengo ya la menor simpatía para él, no logro olvidar que fuimos *copains* antes que todo esto.

—No importa, de todas formas me van a publicar.

El Tato Cervantes tiene razón, eso es lo que me importa. Pero hay algo más. Dios, como el hombre nuevo, son mitos de mejora tan lejanos y crueles que me hiere pensar en ellos. Y, sin embargo, en la muerte aceptada con tan distante frialdad hay algo de la divinidad que se acerca. Una violenta sacudida. “No son las divinidades, para ellas tengo lástima a veces, ni el único Dios los que me molestan sino sus sacerdotes. Encargados de repetir la palabra y explicarla para nosotros, hombres que arañosamos nuestro pan de cada día con el sudor de la frente y los callos de las manos, feligreses ignorantes”, escucho a Alejandro frente a Notre Dâme con un pesado abrigo color camello. Estábamos borrachos. “No permitas que éste” y apoyó su mano delgada contra mi panza redonda, “que éste se haga cura”. Horacio me abrazó: “Nunca, te lo aseguro”.

Quique no había venido. Tiramos tres bolas de nieve contra las estatuas Violet Le Due de la fachada.

Casas abandonadas de techo derruido, no completamente invadidas por las enredaderas nos acompañan por el camino que alguna vez tuvo que estar pavimentado y ahora resplandece de chapopote más allá de los hoyos y crepas en que caen camiones pesados como botas de soldados. Una misérrima bandera blanca, un junco del que cuelga un resto de sábana, testimonia la fe violada de algunos campesinos. Demasiado pobres o cansados de luchar contra los reveses de la guerra, habían renunciado a la casa, a los esterilizados maizales, a su palo de mango. Del pozo abierto sube un fuerte olor a carroña.

“Es todo tan parecido y distinto a la vez”, murmuro. Luego, dirigiéndome a Alejandro:

—Si no llegamos al hotel, que por lo menos haya un teléfono en el camino.

Una súplica, como si mi pobre compañero cuyo hombro está hirviendo y ha perdido toda cognición del dolor, el frío y el contacto, pudiera consentirme proporcionándome lo que en estas condiciones sólo el orgullo puede hacerme anhelar.

Sus ojos translúcidos delatan la fiebre que los corroe. Alejandro me mira con espanto. Sin un ruido se desploma sobre mí. Levanto su cabeza que suda.

—Señor— pregunto estúpidamente al chofer— ¿No tiene una aspirina?

El viejo que nos ha cargado sólo tras la promesa de una conspicua propina, apenas sacude la cabeza. Sin embargo, teme que Alejandro se muera. No es camara-

dería, ni siquiera piedad, la que le abre los dientes en un silbido obtuso:

—En San Benito hay una farmacia. Allá lo curarán.

Quisiera tener su seguridad. Recuerdo un peón: “Y si los gringos nos invaden, ¿qué? Han sido criados con Corn Flakes”. El orgullo absurdo de haber sobrevivido a las diarreas, los vómitos pardos y la fiebre amarilla y ser de una especie quizás amarillenta, chica y afeada por el hambre pero única en su resistencia al medio ambiente, invadía su voz. Un orgullo que excluye de antemano a pesar del color bronceado de la piel. Pero Alejandro es americano. No sé si sus ojos ven; los tiene fijos en mí como un perro que va a ser abatido.

Veintidos días en Saint Denis, breves lapsos de des canso entre los desvaríos de la fiebre. “Vivo y no vital”, una voz que recuerdo apenas. Las muelas parecían saltarme de la boca por la calentura. “Debe ver al fe to”. “No quiero”. “Es el reglamento”. Una bandeja, una fuente de plata, con un niño completo, formado hasta en sus uñas. No logro llorar. Sólo pienso “siete meses inútiles. Mi cuerpo arruinado inútilmente” y nuevamente caigo en la fiebre. Alejandro con sus flores amarillas. “¿Y Horacio?”. Encogió los hombros: “Perdónalo”. El odio semejaba la locura del enamora miento. Me salvó. Sentía ganas de encontrarlo, mi bilis se revolvía con los sentimientos e imaginaba diálogos perfectamente hirientes y educados, como si la vulga ridad que uno espera en esos momentos fuera un punto a su favor. Quería una pistola que surgiera de impro viso del bolsillo, sin el menor ruido. Pensaba matarlo, torturarlo sacándole uno a uno los dientes de su son risa sarcástica.

Llegaba a clase puntual y me estremecía saber de

antemano que no vendría. Divisaba su silueta en el Quai de Conti, la perdía en Saint Germain, por Rue de Buci atrapaba el borde del abrigo de un hombre mucho más viejo. Volvía a casa. Sus libros ya no estaban. A los pocos días se fue Alejandro, luego Quique. Los había condenado al silencio.

El farmacéutico me da una caja de piramidón y limpia su herida.

—Su marido se va a mejorar pronto—, asevera. Luego me arrastra lejos de los oídos del camionero: —Es una herida de bala, mejor no lo haga ver por un médico de ciudad.

—Pero somos periodistas.

—No les van a creer, nadie les cree ya—. Levanta los ojos como en busca de una inspiración: —¿Dónde está su coche?—, pregunta abruptamente. Y antes de que yo conteste:— ¡Ya ve!

—¿Hay un teléfono?— Puedo resignarme a dormir una noche a los pies de Alejandro, pero no a perder mi nota de mañana. Es una batalla, casi un miedo, y a la vez un punzón: no puedo, como si la vida dependiera de mí, de mi nota fulminante, como si lo visto por mis ojos pudiera representarse gráficamente para todos y el momento de divinidad desligada del miedo y el perdón, ese instante de humanidad suprema se hiciera carne, cinema, tragedia.

—En Meotepe hay uno, si se atreve a caminar seis kilómetros.

Mi orgullo de raza se rebela. Güera, chela, gringa: me han dado todos los apodos posibles para hacerme sentir otra. Excluida de sus miradas opacas, de su español arrastrado, gangoso, formado a lo sumo por tres mil

palabras, de su analfabetismo, como si yo también hubiera sido criada con Corn Flakes y los mirara desde un vidrio blindado. No estoy con ellos, no lo estaré nunca, mis piernas quizás no caminen, mi boca no coma, no cague. Siento el desprecio físico de quien ha sido despreciado en la carne, en mi cámara fotográfica, en la necesidad de un teléfono. “¿Qué sabes tú de la importancia de la información?”, sin embargo es absurdo. Me mira como un padre a su hija boba:— Caminaré, gracias— respondo.

Despido al camionero, ni siquiera regateo los veinte dólares que me pide. Alejandro delira.

—Usted me lo cuida, ¿verdad?

El farmacéutico no me entiende: —Son por lo menos tres horas—, me avisa. Asiento con la cabeza. Debemos pertenecer a dos mundos distintos, no hay duda. El sol está alto en el cielo azul pintado con vinílica. Unas nubecitas blancas, de película, brotan de la nada en el horizonte. Hace un calor bárbaro.

Felipe trota a mi lado.

“Si me enseña el camino, puedo ir sola”, había dicho conmovida por el muchacho que me escolta. “No joda”. Fué la respuesta del viejo.

Vuela sobre sus pies descalzos. De un lado y otro, largas hileras de café reseco, abandonado por el abono y el cuidado humano desde que la aviación bombardea caminos y caseríos. Mi marido me había contado de estas extensiones reducidas, pequeños planos donde las colinas se dibujan como inmensidades verdes. Su juventud formada entre viejos que, como todo americano,

no se parecen en nada a los campesinos de mi infancia. Borrachos, curtidos sin tierra, obreros de la caña y el café, arraigados a cuentos, a músicas muertas de rebeliones pasadas, sin esa tenacidad mediterránea para dominar el viento seco, la falta de lluvia, las heladas de febrero.

El niño saca una tortilla endurecida de su bolsa y la rocía con sal gruesa, con el sabor del mar. Sus ojos oscuros, almendrados, brillan en el aire blanco y limpio. Presiento seis kilómetros idénticos entre sí; plantas que no reconozco y una tierra gris, macilenta, que se levanta al movimiento de nuestros pasos. Por ahí un tamarindo y más hileras. El café como un mar sin ondulaciones, muerto. De la camiseta raída, uno de sus brazos muestra una herida calcinada, blanca, que se pierde en los pliegues de la tela que la recubre en gran parte. Napalm. Felipe la carga con una desenvoltura sin remedio. No trata de esconderla aunque yo la mire fascinada. Parece una piel distinta, rara, de elefante blanco, inserta entre los labios de una herida que supura y no cierra. La boca de un volcán adormilado que deja mover en sus entrañas una lava espesa y blancuzca.

—Me le ponen un polvo, pero no se va a curar si no operan. Me lo dijo el doctor—. Contesta, sin levantar los ojos de la tortilla que mordisquea, a la pregunta que yo nunca hubiera tenido el valor de formular.

El pudor es esa especie de vergüenza que se apodera de nosotros cuando sabemos de estar fuera de lugar, frente a verdades que sólo podemos mirar con ojos ajenos, y nos sentimos parte del lado malo, execrable de las cosas. Sin cierto maniqueísmo humano, previo a toda cultura, y para el cual los matices de la lógica y la realidad son sofismas, la decencia no existiría.

Recuerdo a Alfio, la pierna mordida por un anzuelo envenenado, gritarme: "¡No mires, los ricos como tú sólo saben sentir pena!". Partiría. El compraría su barco y yo estaba en Casura para escucharle decir que me mataría si conociese a otro hombre. Pero Alfio sabía de haberme tenido ya todo el tiempo que un pescador puede retener a una mujer nacida del otro lado del puerto. Yo, por el contrario, pensaba que esa piel cobriza a la que me ofrecía en plena capitulación era la suma de toda mi capacidad erótica y amorosa. Fue la amistad de nuestros seis años la que lo hizo hablar: "Debes irte". Estábamos en el ocaso siciliano. El agua rojiza de la bahía contornaba los anzuelos que se perdían en pequeños círculos constantes: "Mira tu mar. Debes llegar a las puertas de una tierra que te lo haga extrañar. Verás el desierto, la sal que hace mil años era agua y en su destierro recuerda el movimiento en olas suaves, como estas. Conocerás hombres cuyas historias te enamorarán más que sus besos". Mis ojos se llenaron de lágrimas: "Yo..." "Calla. Si te quedas en Casura la vivirás como un campesino vive su semilla, mientras que si te vas la cantarás como un poeta". Poco después el anzuelo para la verdesca se le clavaba en la pantorrilla.

—¿Qué doctor?—, pregunto ya que la desolación de esta tierra no me permite ver más allá de unos peones afiebrados.

—¡Escóndase!— Es una orden seca la que surge de esos pequeños labios masticadores.

—¿Por qué?—, pregunto con un hilo de voz.

Una camioneta más allá de las dunas de café. Chirridos. Disparos. Un trueno y voces.

—Vámonos por allá—. Felipe me agarra de la mano. Lo sigo agachando la cabeza que piensa que sólo su cuello la delata. Nos tiramos en una hendidura del terreno.

Busco la cantimplora de cuero en el bolso trasero de mis jeans. *Carribbean Club*. "Hay que ser comunistas con gusto": mi marido. Tomo un sorbo, apenas.

—¿Y a mí?— Miro a Felipe pedirme un licor que no me atrevería a dar a un niño. Estúpidamente pregunto:

—¿Cuántos años tienes?— El se ríe: —Soy chaparro—.

Agarra la botella.

—Estamos cerca. Lástima que usted sea tan bonita. No va a pasar inadvertida—. Esta aclaración última me da miedo. Sonríe como quien sabe de no pasar inadvertido siquiera en su pánico. Tomo otro trago de ron.

—Tenemos tiempo— me consuela. —No tenga miedo. Aquí pasan cosas raras; no nos han visto y usted está más triste que asustada. Mi herida le repugna y, sin embargo, quisiera tocarla.

Hay algo violento en su voz queda:— Ya he conocido chelitas como usted. Bonitas. Vienen aquí a darse su baño de miseria. Usted subirá al cielo, pero yo tengo quince años y a los más pequeños esta mierda los carboniza—. Y muestra con la mano derecha su hombro partido.

—Oye escuincle—. Esa palabra mexicana tan dulce me sale con rabia: —Oyeme bien, ¿qué puta te pasa? No me agredas, niño. Estoy trabajando como tú, ahora, en este momento. Déjate de joder.

Felipe me mira. Se ríe para sus adentros, pero muestra un rostro interesado.

—Escuche usted. Los médicos que me curan no me vienen del gobierno, suya es sólo mi herida. Y esta

quemazón de los campos. Y si no lo escribe es usted una puta.

El insulto tan primario, tantas veces escuchado en la boca de mi madre, me llega como un perdón. Acepto el reto.

Por el camino que viene del norte, las amapolas se abren al sol. Unos árboles oscuros, en medio del polvo, tienden sus brazos quemados hacia voces de hombres. Hay trabajo en la sola calle empedrada que diviso, y en las otras también. Llegan carretas de maleza con vacas arrastrándose detrás. Hay techos derruidos, muros que se levantan como manos pidiendo limosna. ¿Cómo describir este pueblo?

Pido la línea con México. Sé de antemano que la operación puede durar horas en estas casetas telefónicas todas iguales: dos bancas de madera oscura, una muchacha con audífonos frente a un aparato con botones, las vitrinas para la venta de dulces y chocolates y una cabina con el teléfono.

En estas casetas siempre hay alguien que quiere platicar. Un extranjero es una especie de semanario con fotografías sobre ciudades lejanas y míticas. En Casura, los muchachos se reunían frente al *Hotel des Etrangers* esperando que Koel Rüfer les contara de München y sus fuentes de cerveza. Se dejaban blandamente acariciar por ese pederasta elegante que revivía en ellos la belleza de efebos muertos. Las notas de su alemán clásico vibraban al sol de Casura en una poesía que yo leería años después en un tren hacia Berlín.

Borracho, el anciano que me precede, no se contenta con mi vaga respuesta sobre México de donde digo venir. Sólo la llamada, que llega más rápida de lo que

esperaba, me salva de recitar los pormenores de la nueva basílica de Guadalupe.

He repetido parte de mis siete cuartillas varias veces y he tratado de dar a entender al Tato Cervantes que telefonara a mi casa para avisar al pobre Federico sobre mi estado de salud. Rápidas llamadas de rutina que lo aseguran sobre una fidelidad que no siempre es física. Salgo jadeante. El sol se está alargando como las sombras que proyecta. Felipe sonrío. Buscamos dónde comprar algo para apaciguar el hambre.

—Ahí—. Y tiende un dedo sucio hacia una esquina.

Hay coca-cola y pan de dulce caliente. Un pedazo de chocolate se desliza en la bolsa de Felipe. Pago con excitación, **feliz de haber cumplido con un deber sagrado**, la única razón de mi vida. Pienso en el Tato que me cae tan mal —todas las antipatías son correspondidas—, cuando varias ráfagas devastan el pueblo. Ojeo por la ventanilla trasera de la pulquería y veo el jeep militar de la mañana pasar a gran velocidad disparando. El borracho que acababa de salir de la caseta cae al suelo, retorciéndose. Miro a Felipe y sólo logro pensar en la nota de mañana. Un gran nubarrón de polvo y sombra persigue el coche que se aleja.

Alejandro delira. Le cambio nuevamente el pañuelo mojado en las sienes y quisiera llamar al farmacéutico para que lo revisara. Tengo miedo de que algo pase. Tímido, lo recuerdo inscribiéndose al curso de semiótica donde tendríamos que aburrirnos después. “Alejandro Valverde Huidobro”. ¿“Vous êtes espagnol, hein?” “Non, chilien”. “Ah, ¡vive Allende!””. Era 1975, Roma gritaba: “Franco, Nixon, Pinochet, la garrota a tutti e tre” y París contestaba: “Vive le Chili libre”.

Los argentinos todavía no invadían la plaza con sus ridiculeces. Alejandro se reunía con Quique, Horacio y sus "compañeros", en gran secreto. Volvían borrachos y en lágrimas por haber recordado todas las calles de ese barrio que sube o aquel bar donde pasaban las noches antes de los exámenes. Las putas que amaron. En una de esas ocasiones pasé por primera vez la mano por el pelo de Horacio.

Alejandro me tiende la mano. Con un hilito de voz, como un niño dice: —¿Recuerdas?

No miento cuando le contesto: —Desde que te volví a ver no hago otra cosa.

La fiebre baja en un baño de sudor. Grandes gotas saladas empapan su frente mientras la herida, apenas un rasguño pero profundo y caliente, vomita en la compresa de agua caliente y sal, un pus espeso y amarillo.

Le abro la camisa para secarle el pecho. ¡Cómo ha envejecido este cuerpo alegre y rechoncho! El escaso vello encanece y una extraña arruga subraya la cicatriz del cuchillazo que su hermano le tiró una noche de navidad.

—Me siento débil.

—Lo estás.

Lo ayudo a levantar la cabeza para tomar vorazmente dos vasos de agua: —Nos quedaremos aquí esta noche—. Lo asevero aunque quisiera preguntárselo. Por la noche se acentúan los bombardeos. Evaristo Ibarra había escrito en *El Jornal*: "Los helicópteros, equipados con un aparato de rayos infrarrojos, captan toda presencia humana que supere las cinco personas, tanto en la planicie como en la selva. Una vez ubicados, campesinos y guerrilleros son diezmados por bombas y metral-las".

—Puede ser peligroso—, agregó para descargar mi conciencia de toda responsabilidad.

—Confío en mi buena estrella roja y empapada.

La cara de Alejandro ha recuperado su jovialidad histriónica: —Debo confesarte que fui donde Tommaso. Habías hablado tanto de él que no pude resistir y cuando salí de la casa me fui a Roma para preguntarle qué hacer contigo. Lo de tu psiquiatra me daba vueltas en el cerebro y pensaba que si no llegabas a matar a Horacio te hubieras suicidado. Me sorprendió su calma: era un adolescente con modales de adulto o un viejo que no podía desprenderse de sus padres y seguía viviendo en simbiosis con ellos. Hablé de tu familia.

—Es el único amigo que tengo— lo interrumpo.

—Sí, lo sé. Me dijo: "Isabella ha vivido muchos tiempos en su vida. El feudalismo con sus padres; la posguerra con ustedes. Déjenla vivir nuestro tiempo ahora. No que sea mejor, pero es el que le corresponde." Yo sólo le contesté ¿dónde?

—Ya sé. Lo discutíamos bastante. "Hay muchos mundos en esta tierra, contemporáneos. Entre el industrialismo y el subdesarrollo la distancia se mide en kilómetros y en años". Lo he experimentado.

—Tommaso me llevó a ver casas: La villa de tus padres y ese departamento tuyo de Vía Demetrio con olor a mercado.

El farmacéutico llega a pedirnos que no salgamos del cuarto. Su constitución baja lo dibuja gordo aunque más bien es fuerte. En la aldea las mujeres y los hombres tienen el mismo paso y una igual mirada, pero el viejo, detrás de su vista encorvada, proyecta una escueta sensación de calma. Nada de heroico: la posibilidad

de decir: "Aquí se quedan, ¿oyen?" sin explicar nada más.

Trafica en su tienducha, mientras Alejandro se agarra de mi cuello para levantarse. Mueve pesadas cajas, arrastra algo. Pasos. Como en una película de suspenso, aumentan los pasos, los cuchicheos secos y se percibe un tintinear de platos y un sabor a comida fresca. La tarde baja. El cielo se apodera de la tierra. Por encima de la planicie cafetalera es espeso, grisáceo y profundo. Los últimos destellos anaranjados del sol que muere, perfilan el delgado cuerno de la luna nueva.

—La luna se asemeja a los humanos. Es tan joven y podemos imaginar la redondez que esconde, como en un niño vemos lo que será el adulto. ¿Podrías en una luna llena recordar este pequeño levante delgado, en un viejo la frescura que lo precedió?

—No.

Alejandro contesta mirando el suelo. Su voz es un soplido respetuoso en el silencio:

—Las barajas han sido puestas en el tapete y a nadie interesan los recuerdos que un viejo cree hacer vivir con su lengua. Es la incógnita lo que nos permite vislumbrar la plenitud en un niño.

—Mm, mm.

La luna no tiene rayos en esta tarde abismal. El farmacéutico entra sigilosamente: —Perdonen, muchachos.

Se sienta en la cama donde hasta hace pocos minutos estaba tendido Alejandro que todavía exuda la humedad acre de su cuerpo. Su voz es una música quebrada por la cuerda faltante en la guitarra:

—Ya se han ido— asevera con la cabeza gris gesticulando un extraño sí. Levanta la mirada:

— Como mi hijo.

Las primeras estrellas brillan con un destello inmóvil. En un relámpago pasan mi voz y la de mi madre: "Estás loca. Verás lo que voy a hacer contigo... Puta, haré que te den electroshock". Y ese único manazo. Yo agarrándole las muñecas y tirándola en la cama. El año de psiquiátrico me ardía con rabia, alejando de mí a mi madre con un abrecartas, agarré treinta mil liras, un collar de perlas y mi chamarra. Tres años después tendríamos que encontrarnos por Vía Frattina, un helado en la mano. Era verano y ella cambió de acera.

Siento los ojos del viejo sobre mí. Su color se pierde en la noche densa que baja veloz, pero su inmovilidad le da fuerza:

—Usted escribe. Mi hijo decía que hay dos tipos de hombres, los que trabajan como burros y los que lo hacen por algo. Dinero, entrega, voluntad. ¿Por qué escribe usted?

Me estremezco. El anciano no espera respuesta:

—Tenía 26 años. No era de los cipotes que se van con la convicción frenética de su poca vida. Muchas veces le dijeron que era un cobarde pero él pensaba y pensaba mucho. Era alto. . . muy bonito.

Calla el tiempo necesario para traerlo a la memoria.

—Pasaba aquí estudiando medicina popular. Decía que las farmacias sólo sirven en tiempos de paz. Se detiene un momento: —Como ve, se equivocaba.

Sonríe. Su mirada se pierde en la oscuridad fría del cuarto que se va consolidando alrededor de su voz. A lo lejos se oye una balacera corta, pocos golpes con sus

relativas respuestas. Tan de repente como había llamado, vuelve a hablar:

—Colas larguísimas se formaban a su puerta. A veces le preguntaba: “Hijo, ¿de qué vas a comer si no los cobrás?” Sus ojos se abrían entonces y tranquilamente contestaba: “De usted”. Nunca pude decirle verdaderamente nada. Y un día se fue. En la tarde había venido a la farmacia: “Prómetame papá, que les dará todas las medicinas necesarias” Yo empezaba a pensar que se había vuelto loco en su soledad y le dije que sí. En la noche entré en su cuarto.

El viejo suspira: —Este cuarto. Y encontré una nota: “Lo quiero, papá” con un poema.

Estruja un papel en la profunda negritud de su bolsillo. Sólo necesita saber que ahí está. Su voz es lenta, las palabras crujen contra una luna demasiado joven para iluminarlas. Cada uno de nosotros está solo como si estuviera en la cima de una alta montaña. Los versos invisibles gritan volando alrededor del cuarto.

Un viejo de carne y hueso se levanta.

El pasado existe en cada hombre
que se hace viejo y muere.

Ay de aquel que sabe.

Mañana

tendrá miedo que su sol no brille
tan amarillo y, condenado a la
eterna juventud, no conocerá pasado
ni historia ni futuro.

La voz del viejo se va confundiendo con la oscuridad, el silencio, el temblor lejano de los astros. Los rasgos se han perdido en la noche. Sorprende con cuanta rapidez olvidamos el color de los ojos que hasta hace poco nos estaban mirando, el contorno de la

boca que nos habla aunque un rostro, en su totalidad, puede volvernos a la memoria después de años. Así recordamos a los muertos.

Movida por el poema que acabo de escuchar, recuerdo en voz alta:

—Cuando amamos lo hacemos en la geografía y en la historia.

—Eh, sí—, me hace eco Alejandro.

El anciano se aprieta contra el recado estrujado del bolsillo:

—Mi hijo tenía suerte y pudo escoger. La mayoría sólo puede estar con la guerrilla o enrolarse en el ejército para comer. Sí, para comer— repite.

Sin un ruido que acompañe su gesto, prende un cerillo y acercándomelo a la cara:

—Si no escribe por dinero, deberá contar todo esto.

Lo apaga. Se va. Detrás de la puerta oigo murmurar: “Suerte, muchachos”. La noche es una cobija arrojando el cuerpo de los hombres, dándole rienda suelta a los sueños.

Escapaba a Nueva York en abril. En noviembre iba a México. Se encontraba con el Oso, miraba las películas de su inseparable Mario Sildo, los escuchaba hablar de amor, declamar sus versos para un revolucionario incipiente, su última francesa y la marihuana y, finalmente, se embarcaba con Mezquila hacia Real del Catorce donde recobraba el espíritu indio en largas marchas por el desierto en busca de peyote.

A veces se iba a su país. El Oso, Mario y Mezquila lo alcanzaban.

Tomaron, filmaron, lloraron y escribieron en todos los rincones de su mundo pequeño. En esos bares donde la cerveza se toma por altura humana ya que botella que se acaba, se pone en cajas sucesivas que van creciendo en la mesa, de al lado, una encima de la otra. En los campos donde un campesinado sin tierra gestaba rebeliones por dos huevos, un plato de frijoles, dos tortillas, un banano y un vaso de leche al día, mientras el café aumentaba de precio en los mercados interna-

cionales y la escasa oligarquía traía de París los arquitectos necesarios para la construcción de sus casas.

Algo cambió. Mario, en uno de esos largos ocasinos mexicanos que hacen de la Gran Tenochtitlán un lugar de sangre, me pasó una copa de *Don Q* aconsejándome: “No vas a encontrar otro como él. Aguántale su trabajo, porque es un hombre que vale la pena”.

Tras haberme acariciado el pelo, la noche se adueñaba de la pequeña terraza de Coyoacán: “Cuando secuestraron a la hermana se vistió con toda la calma. Fue al canal cultural de la televisión y prometió una serie de entrevistas sobre el concepto de arte de todos los parlamentarios y, una vez obtenido el mejor camarógrafo de esa destaralada red nacional, logró pasar en directo las declaraciones de nuestros diputados sobre la existencia de cárceles clandestinas y el uso de la tortura. Fue uno de los programas más escuchados de la televisión y la hermana y sus compañeros fueron liberados a los pocos días”. Y ahí sonrió: “Nosotros tuvimos que salir corriendo del país”.

Sacó de un cajón uno de sus poemas y me lo leyó.

Lo asombroso y lo inesperado
están en nosotros
como aquél enano gato blanco inmóvil
agazapado en mi sombra
acechando algo
que en los ojos no era capaz de percibir
aquella tarde en el muelle.

El puerto de Casura se me apareció con sus negros gatos egipcios y el papiro. El muchacho que me invitó a cenar en un restaurante italiano “para que no te dé nostalgia mientras estás conmigo”. La primera vez que

fue a comer a la casa, entró por la ventana y dispuso claveles rojos en la mesa puesta y en la sala. Me esperó hasta las siete leyendo tranquilamente *Bajo el volcán*.

Lisa lo ha visto tras el edificio de la OEA con una paleta de guayaba y un fajo de papeles dirigiéndose hacia la banca que transforma un baldío en jardín. Una muchacha lo perseguía: “Por favor compañero, es urgente”. El levantó los hombros: “Me voy a esforzar, pero no prometo milagros”. Tenía unos mocasines de cuero delgado, limpios a pesar del polvo de la ciudad, y su camisa de cuadros pequeños. No la reconoció. El trabajo urgente o los kilos que se han acumulado en las fuertes caderas de Lisa, lo distancian de la casa de San Pedro Montes de Oca en la que estaba exiliado y donde ella llegaba con los poemas para su hija pequeña.

Lisa es la sola amiga verdadera que tengo aquí. La quiero. Hija de ricos estancieros se casó con quien correspondía a los diecisiete años y a los veintitrés lo abandonó por quien la llevaría a vagar por “los recodos de mi lago de nostalgias”, como escribió antes del triunfo de 1979.

Entre la revolución, sus desafortunados amores y la fogosa poesía que escribe (como con el huevo y la gallina, nunca sabré si su poesía causa las pasiones que sufre o si éstas dan valor a su pluma), me ayuda a perseguir al hombre que se le escapó y vive conmigo los llamados telefónicos que me cortan la respiración y lo alejan.

Se niega en creer que mejoré mi situación desde que, tras el fracaso de todas mis esperanzas con Gallimard para la traducción de *Camminare*, sólo vivo para informar a los cien mil lectores de *El Correo*. “Mira los

periodistas de aquí”, grita: “¡Pura mierda! pero los poetas hemos hecho la revolución”.

Alejandro se repone de la herida en Granada. Soraya Chui, hija del crisol americano en que, si hay dinero, árabes y chinos se casan entre sí, lo mimaba en su casa del lago.

Sola, clava sus ojos almendrados en la boca del fotógrafo esperando una palabra que recuerde el sueño de amor interrumpido por su carne y su saliva. Pinta el lago de tiburones de agua dulce e islas católicas.

Alejandro calla. Pretende protegerla del ardor que siente y niega a la vez cuando llega a este país donde todo el dinero del mundo no puede comprar un rollo fotográfico, una cubeta de plástico o un simple pincel y que ama con la pureza de un texto filosófico.

Apenas aterriza, Soraya llega con el Mercedes Benz que fue de su madre y todos los galones de gasolina que no usa y se acumulan en los cupones que sólo con Alejandro consume.

Durante seis años, aguardó las lanchas oscuras de la noche descargar armas en la cocina. Con un abrazo recibía a los muchachos que la vieron crecer aislada por las rejas del jardín y le dictan órdenes sobre donde entregarlas. Managua conocía sus extravagancias y nadie dudó de los motivos de sus viajes ni del contenido de las cajas que recibía por La Nica Airways.

Alejandro la respeta con suavidad y alegría. Si para Soraya él es la fuerza calmada que la condujo al placer al que, en esta tierra violentamente sexuada, se había negado, para Alejandro, Soraya es la posibilidad de

amar y dejarse amar con la tiranía implacable y dulce de un hijo deseado por una pareja de viejos.

Un amorío que si no fuera por el miedo a los aviones que suelta la lengua de Alejandro, no tendría ninguna influencia en mi vida. Sólo en un preciso instante del tiempo, las vidas se interceptan en el espacio para sobrevivir separadamente en esa porción del recuerdo que actúa individualmente cada vez que enfrentamos un problema igual para miles de seres.

La herida de Alejandro Valverde se cierra en el barquito de remos que dormita en el lago, mientras la mía, abierta por un telefonazo echado desde el primer aeropuerto, se dilata y rasga como una tela abierta por un cuchillo en la búsqueda de direcciones que nunca sé y donde Federico podría estar viviendo, trabajando, sin mí. Lejos de la complicidad del frío nocturno, de nuestra cama de sábanas blancas, para una revolución que sólo conozco por lo que de ella escribo y que se me abre de pronto en las palabras de un farmacéutico, en la angustia de perder nuevamente, por un tiempo indefinido, al hombre que amo con la desesperación de todas las aventuras que se interponen ante nuestro silencio.

Alfio temía lo que yo contaba, interpretaciones huecas de la realidad que tocaba cada mañana en el frío del agua invernal o en la estupidez de turistas nórdicas, rubias y blancas como piel de pescado. Con las orejas rojas y la piel estallando de deseo afiebrado, jadeando, sudados alcanzábamos el cielo. Mas en las tardes de

pesca o de vino mi verborragia escolástica nos separaba más duramente que mi padre y sus manías francófonas por las que me tocaba estudiar en Roma en un colegio francés.

Preguntaba: “¿Y si tuviéramos un hijo?”. La piel entera se rebelaba: “¿Posible que no puedas concebir el amor sin esa bestialidad!”. Roma había matado para siempre el lazo físico que yo sentía por Casura.

En el bar del Hotel Intercontinental está nuestra corresponsal. Sandra Trana bebe como un templario desde las horas más tempranas, pero ha entrevistado varias veces a Federico. En una situación parecida supo decirme: “Mientras estés en San Salvador, lo encontrarás en el Hotel Alameda”.

Le sorprende el carnet tirado sobre la mesita. Una flecha hacia la derecha relaciona un nombre con un hecho: la iglesia se está por dividir, el Vaticano no acepta la participación política de los pastores. Una serie de signos indescifrables resumen el comentario de Sandra.

—Tómame un café que nos vamos.

—Tengo que enviar mi artículo.

—Dale una propina a mi secretaria.

Una morena alta, delgada, espía los movimientos bruscos de Sandra desde la esquina del bar, la nariz aguileña de mi colega. Se mueve con los gestos lentos del calor que la circunda. La danza de su cuerpo insinúa los muslos y la pelvis. Sensual serpiente coloreada y mortal del trópico, como una coralina. Se acerca. Tiemblo al contacto de esa sexualidad desnuda que me hiere. Con esfuerzo logro mostrarle las veintiseis cuar-

tillas de mi historia, explicarle los tachones. Sandra nos mira y me irrita.

—En Matagalpa va a haber un acto. Estarán varios políticos extranjeros, quizás. . . — Me corta doblando el periódico que hojea: —Quizás tu marido.

Sandra se sienta en los bares y maneja el jeep con violenta seguridad. Capta la sensualidad o el desánimo que crisan los sentidos y el comportamiento de los demás. Alguna vez supo describirme sensaciones mías que yo no me atrevía a reconocer.

El jeep rueda por la carretera asfaltada, pocas curvas y un tanque derruido en el desvío. Un monumento natural.

—Federico estuvo en la sede de la OEA. Lo que te dijo Lisa en el aeropuerto puede ser cierto y, entonces, explícame ¿por qué tanta prisa? Para hablar hoy, ¿no te parece?

En Managua, franja de ciudad alrededor de un centro con escasas ruinas, nada pasa inadvertido y Sandra es una de las mujeres mejor informadas. En otras situaciones sería una chismosa, como colaboradora pregunta y se responde sola.

—¿Estará Lisa?

Por un instante Sandra crisa las manos sobre el volante como si detuviera una rama desprendida de un árbol; siente el coche ladear y, con una vivacidad forzada pregunta:

—¿Por qué, nos va a invitar a comer? —sintiendo el aire volver a sus pulmones contraídos cuando ve sacudir mi cabeza:

—Me incomoda ver a mis amigos en un estrado. Temo que me llamen; y si debo entrevistarlos las preguntas se me escapan.

Sandra suspira y, para esconder su amor inconfeso, silba una canción cuyo texto la devolvería a la infancia. De mi garganta brotan las apasionadas palabras de amor que la acompañan y dibujan, violentas, la figura de Federico sentado en el sofá de la sala, un libro de William Carlos Williams abierto en las piernas.

Según las necesidades de *El Correo* descanso un jueves-viernes, o un martes-miércoles, cuando nadie llega a la casa con una botella de whisky. Los acelerados ritmos de la vida de Federico que da órdenes por teléfono se detienen de repente. Un regalo. "Hoy nadie debe saber que estoy en México". Las villas Norias nos esconden en su patio de sábanas al sol. México se consume en la calma de San Jerónimo. Guillermo, con su cuarto echado a la calle, cuida feroz la puerta.

Entra. Se detiene en mi espalda, frente a la máquina en que garabateo versos estériles. Miro la ventana y siento, como una ola mediterránea en marzo, su presencia entera. Ha comprado una botella de *Terry* y ya no tenemos un quinto para salir.

Hay una luz sin reflejos ni brillos en los recuerdos, como en un día en que no llueve y el sol se esconde para iluminar parejo todos los objetos. Federico pasa el pucho de marihuana y hace notar las líneas rectas, perfectamente definidas del sofá esquinado. Detrás surgen, rígidas, las tablas del librero de mimbre.

Tres cuadros negros a su izquierda, dos, más pequeños, en su derecha, y el marco café, enorme, del Piranesi arriba. Los cojines de tela gruesa con dibujos pequeños, color pastel, fijan para siempre la escena.

El sexo es un complemento para quienes pueden reirse y hablar en la cama. En una lenta película france-

sa Annie Girardot decía: "Un couple, c'est ça" y torcía sus dos brazos enlazando los dedos y las manos. Federico me muestra tres renglones de *Gambito de Caballo*: *Seres humanos con toda la complejidad de pasiones, sentimientos y creencias, sufrimos el peso de todos estos elementos en la aceptación o el rechazo de aquello en lo cual no hemos tenido realmente libertad de elección.* El amor que arrebató el albedrío. Faulkner nos pulveriza. Seguimos leyendo, abrazados.

Matagalpa es un pueblo con números de lada internacional. Sandra baja y pide dos cervezas en una cantina. Se las empina y corre hacia la casa de Geneviève. Hay tanta embriaguez y deseo en su cuerpo. La nariz aguileña se echa tras su presa: el rostro, las tetas, el pubis y el humor de una internacionalista francesa.

La sangre en las calles de la ciudad enciende una sexualidad animal, desgarradora. Los niños lloran ansiando el pecho materno, las consignas se lanzan como una venganza colectiva. Con Tommaso filmamos un pueblo sereno que se despertaba a la cosecha del tabaco. Felices de estar juntos, revoloteamos por las tiendas de embalsamadores de sapos escuchando monstruosas historias perversas sobre la crueldad de los contras. La gente los execraba desde lejos. Ahora la ciudad está en llamas por el odio. Han incendiado sus bodegas y mata-
do a trece niños.

Tropiezo con Roberto Bentivoglio. El pasaporte italiano nos hermana. Muchas veces he agradecido su protección silenciosa por la cual no aceptaría reconocimientos.

—*Isabella, che piacere!* .

Es el único periodista enamorado de su trabajo que

no miente frente a un amigo. Comparte las noticias con la serenidad de quien sabe comentarlas:

—Estamos frente a una tragedia. El campesinado tiene tierras, pero no la seguridad para poderlas trabajar. La intervención es tan deshumana como quien separa un nene de su madre después de haberlos acercado.

Güaraches llevando cuerpos airados, camisas de trabajadores sudorosos, fusiles milicianos nos arrastran hacia la plaza. Las campanas tañen para congregarse la población en el atrio. El remolque de un camión de carga acondicionado con nueve sillas y dos altoparlantes. Banderas y pintas en todas las paredes y los árboles. Una consigna retumba: “Dirección Nacional, ¡ordene!”.

El ruido se suspende. Federico sube al estrado con el padre Cardenal y el comandante Tirado. Se escucha volar una mosca. Lisa los acompaña. Un codazo en el hígado; la sonriente y dura complicidad de Sandra. Son diez. Suben una silla. Están en fila. Los aplausos explotan como la rabia contenida. ¡Ordene! ¡Ordene! Tímida como una pupila frente a la directora de la escuela, bajo la mirada. Prendo la grabadora. Quiero que Federico me vea. “Si nos encontramos y no te saludo, tú no me mires”, sus palabras me zumban en el cerebro. Estoy aquí. Me ve. Guiña un ojo.

“... aumentaremos las posibilidades de defensa del pueblo de Sandino. Patria libre o morir. . .” Con los aplausos se lanzan los fotógrafos. Pocas preguntas. Agarro al padre Cardenal. Que Federico no se escape. Pierdo a Sandra. Grabo: “¿Cuáles son sus relaciones con el Vaticano?” Anoto respuestas interrumpidas por el estruendo de la plaza. Dos mil refugiados guatemaltecos

ofrecen al padre una estola tejida a mano. Los bendice. Me absuelve. Echo a correr. Federico se aleja en un Toyota rojo, el coche de Lisa.

Sandra me golpea en la espalda:

— ¡Vámonos!

El jeep ruge.

—Soy competitiva. Siempre. Pero cuando se trata del coche de una agencia gringa soy capaz de cualquier cosa.

Corta la curva por un sendero de polvo. Agarro un caño. El Ford azul de UPI frena y patina largamente cuando volvemos al asfalto, a diez metros de su jeta.

— ¡Uno!

Sandra está feliz. Presiento que *El Correo* será el primer periódico en recibir las noticias y sonrío: las publicará mañana. La CBS News sale de carretera. Cierro los ojos. El jeep vuela sobre las piedras del terraplén, en curva el coche de AP es doblado a la derecha. Mi compañera exulta:

—Tu marido es un maricón. Ten.

Me estira una hoja de cuaderno garabateada por la pluma fuente negra de Federico.

—¿Sabes que me dijo? Que están por ganar la guerra y se rió. Maricón. ¿Te parece respuesta para una pregunta seria? Somos las primeras. Andale, Carlota.

Acaricia satisfecha la carrocería del jeep—carlota. La carretera nos pertenece con sus bordes verdes, hojas de tabaco para Estelí. Estrujo con fuerza el recado de Federico.

El padre de Soraya era un chino extravagante que dos veces al año partía para Solentiname con el ferry de los martes. En retiro espiritual con las comunidades

cristianas, afirmaba que lo divino se manifiesta en la creatividad y el trabajo. Volvía con los brazos cargados de *naifs*. Alquilaba la Galería Soles, la única, y durante dos semanas verdes palmeras, niñas trenzadas, casas de tejas rojas, amarillos racimos de bananos, aguas azules con peces gigantes se ofrecían a los ojos de los granadinos.

Tres de estos cuadros sorprendentes decoran el cuarto donde dormiré esta noche con Federico. En uno de ellos, la pelea de gallos ha atraído al cura hacia el atrio y el pueblo goza del espectáculo.

En Casura había un viejo que pasó sus años tras el sueño de la belleza única y universal. La soledad que cargaba con dignidad y silencio no le impidió felicitar-me cuando decidí partir. La pena es un sentimiento innoble que no podía provocar, pues nunca la había probado. No le importaba que cogiera con un portuario; era fabuloso que una hija de Casura se lanzara hacia las otras costas de la Grecia grande y pagana.

Sentados bajo el pórtico de un acueducto arruinado, comíamos aceitunas negras que una campesina freía para nosotros solícita. Sabor a aceite verde. Habas frescas, tiernas: la mordedura de un niño. Queso de cabra. Antes de la Reforma Agraria había gastado la renta de 35 mil hectáreas de naranjos en la reparación del Teatro Griego para dedicarlo a su amor, Eurípides.

Ephigenia Aziza Komnenos Azuad le había dado un hijo. Ojos de cielo en la tez morena. Acidez de leche rancia. Un cuerpo, la vida. Eran los treinta y el viejo desafió el fascismo que odiaba con un brindis a la libertad. Ephigenia, aburrida, fue a reponerse del cansancio

de parir. Tres años después volvió a Casura; París y Berlín en los ojos. “¿Quién es usted, señora?”, preguntó su hijo Diego. La institutriz lo abofeteó.

Yo lo acompañaba desde la Fuente Aretusa —una poza de agua dulce con papiros, a orillas del mar— hasta el templo de Apolo. Usaba un bastón de madera oscura con su cabeza de plata, un caballo hierático y compuesto. Se sacaba de encima a los mocosos que nos seguían tirándoles puños de monedas. No hablaba mucho. Sentía que, superficialmente romana, Casura se mantenía griega en sus cultos. La muerte era negra y vengativa con la pesada voluptuosidad femenina de las parcas.

Ya muy viejo vino al psiquiátrico por mí: “Su poesía es fresca, pero buena”, me dijo. “La próxima vez irá a Alejandría. La ayudaré”. Me habían cortado el pelo y lloré al verlo salir. Ese invierno murió y yo obtuve una beca para la Sorbona.

Por el largo camino de sauces que bordea las orillas del lago de Nicaragua y esconde ranchitos de troncos y hojas, estrofas de canciones banales interrumpen el silencio. El dinero es para Soraya un modo de vivir serenamente; como pasa con quien lo tiene, nunca se ha preocupado por él. Doña María limpia la casa y va de compras. Soraya lee, pinta y repentinamente parte con alguna misión desconocida.

Echo la cabeza para atrás, su padre se me figura maravilloso. La voz de Soraya al describirlo tiene la dulzura de un infante.

La risa de esos dientes blancos es la ligereza misma. Una canción de enamorados. Había sido una niña flaca con piernas bronceadas y largas de flamenco. La felicidad de su padre.

—Era muy extravagante—dice— y rico, pero había sido educado por misioneras y era fielmente católico.

Se ríe.

—La gente lo quería mucho y lo convirtió en un mito. Sabes, la miseria no permite entender verdaderamente el altruismo y confía ciegamente en dios, el dador que todo lo tiene. Cuando mi padre compró maíz durante una hambruna y lo distribuyó en el campo, se convirtió en una divinidad terrenal para la cual un templo de jade es un bonito escenario.

La simplicidad salvaje del cristianismo americano, un reencuentro con el sentido del tabú ritual, más primitivo que el sentimiento del pecado, tiene la transparencia del aire tropical. El incesto es una nube blanca, se disipa con el viento. El alcohol, la posibilidad de dar un salto kirkegardiano del estado humano al místico. El hombre trabaja como un animal durante meses, paga deudas que se renuevan como las faenas del campo y, un día cualquiera, se fija en el mar. Por encima del agua, suspendido de la espuma blanca y la arena, está Dios. En el trópico, la influencia negra y blanca no ha podido dominar por completo al indio taciturno y grave de los altiplanos. Sobrevive en la ética, la búsqueda del bien, en la impenetrabilidad de su horizonte.

El taxi de Federico nos dobla y para pocos metros más adelante. Se nos une con tranquilidad de simbiosis.

— Ya estaba preocupada por tí — sonríe Soraya y lo abraza. No hay celos en mi deseo de arrebatarle el cuerpo esbelto, la pequeña boca coronada de bigotes negros, la voz meliflua, silbante. Deseo alcanzar lo que no me pertenece y, no obstante, es carne, instantes, historias de mi vida.

Doña María sirve la comida con pequeños gestos de desaprobación. Separada por nosotros de la compañía constante de Soraya, se refugia en las cartas que maneja tan bien como los platos. Un dos de espadas en posición cinco desde la izquierda en la primera línea. Hombres y problemas.

Soraya le ofrece el reposo que amerita con un gesto de la cabeza, con amor que conoce desde niña, la sonrisa oblicua, casi avergonzada. Confío en los ojos oscuros. Su profundidad llega por caminos sombríos a la belleza de donde se destellean inocentes. No temo a los verdes; mi hermana me sonreía serena desde las rocas, sus órbitas brillantes de leoparda. Pero cualquier rostro, el más dulce y sumiso, se me hace repugnante y desconfío si levanta un par de ojos azules. Ellos me alejan de María, nariz india de ojos transparentes y fríos.

Cuando sale, Federico suelta una carcajada.

— ¡Tu amiga Sandra! Me hizo seis preguntas a las que no podía contestar y finalmente me dijo: “busca a tu mujer o se va a coger a mi secretaria”.

La noche encierra sorpresas. Un barquito por el vidrio del gran ventanal. El lago lame incesantemente la orilla de arena y el agua gime con cadencia. Hablamos todavía un poco. Alejandro sólo roza la guitarra, no está en su momento. Necesitamos el abrazo caliente del otro. Su piel como presencia robándole instantes a la distancia, a la noche.

En Rue Grégoire de Tours, con Horacio, las raídas cobijas del sofá y las tablas de pino grueso que sostenían los libros, tomaban contornos brillantes con la

fuerte luz solar del foco azul de 200 watts que prendíamos para trabajar unidos en un texto de Lefebre.

El rojo gallo de pelea se destiñe, las paredes se dispersan. Federico alarga las piernas en la cama de sábanas indias (figuras beige peleando, un elefante).

— Te hablé de la casa donde me crié. Lo que no te he contado es que ahí, mientras con mis primos vaciábamos las cantinas y la abuela nos mandaba dinero para pagar las cuentas, un día de enero, poco después de las pascuas, el hermano mayor de mi madre encontró un campesino en el granero. Cargaba dos bolsas grandes de frijol. Tuvimos que presenciar el castigo: en el patio el tío Abel afiló su machete, tomó la mano derecha del jornalero y, sin una sola palabra, cortó sus falanges. Luego, “para que escuches bien que no debes robar”, le dió un tajo a la altura de las orejas. El chorro de sangre me alcanzó y empecé a llorar.

La voz de Federico es queda, ronca. Avanza en el cuarto suavemente, de puntillas:

— Lo vi hoy, en una cooperativa de escobas donde los refugiados trabajan en comunidad. Estaba tan asustado, me enfrenté a él como un estudiante que va a un examen: toda la preparación puede disiparse en un instante y la voz quebrarse en un ronquido estúpido.

Federico lo ha perdido todo. Sus esperanzas son la revolución, su amor. La vida entera. Busco su cuerpo. Nos encerramos en el centro de la cama como niños agarrándose, con hambre. Su lengua en mi boca, su pene en mi cuerpo. Instantes jadeantes de presencia, la única posibilidad de ser aquí y ahora.

En el curso de la vida diferentes personajes viven aparejados, sin molestar o hiriendo profundamente el yo multifacético del individuo. Así, en un sólo día, se sobreponen la una a la otra las personas que nos componen.

Revisa con cuidado una tabla de estadísticas. La corrige y amplía, absorto. Sabe que no todo anda bien. Hay complicaciones, individualismos que interceptan la marcha colectiva y arrastran el paso de los demás en vueltas y estancamientos.

Una colina más que una montaña. La población ha sido avisada y camina tras de ellos, con ellos. El ejército avanza, quema. Ya es noche. Hay que irse, todos. Una campesina, seis hijos a su alrededor, uno tirando la cabra para la leche, canta. Con un gesto sereno se agacha a la orilla del camino. La miliciana va para alentarla. “Espere un momento”, le replica. Los niños siguen

por el camino. "Arrastrar a la gente lejos de su casa es doloroso, pero hay que asegurarles la sobrevivencia": Federico piensa, le cuesta caminar desde que le deshicieron las rodillas a golpes: "Me mato antes de volver a caer en sus manos". Es un pueblo entero siguiéndolos. De repente un llanto. Por debajo de su falda ancha la campesina levanta un niño sucio de sangre y placenta: la vida. Una migración mágica.

La casa se despierta a su alrededor. El chocar de una persiana contra la pared, un tintinar de platos bajo el agua de la cocina, pasos apresurados hacia el baño: síntomas indiscutibles de una casa ajena que se abre al ritmo de un nuevo día. Federico está acostumbrado a sonidos de casas que no le pertenecen y lo olvidan en el rincón donde trabaja porque no tiene esa relación de indispensabilidad que sólo la convivencia impone en las faenas cotidianas. Si muriera, aún en la casa donde vive, lo llorarían como a un pariente lejano que se quiere y, sin embargo, no atañe las costumbres diarias que forman la imagen y la sobrevivencia de cualquier vida. Yo misma podría encerrarme en la esperanza de verlo otro día, de haber fallado una cita, nada más. Mi raciocinio me obligaría a pensar que está muerto, pero es tan débil. En el cuerpo de otro reconstruiría sus rasgos y en cualquier maleza (es increíble la soledad profunda que una maleza puede conceder) seguiría sus pasos. Podría levantar el fusil que se le cayó de las manos.

Federico muere y yo soy él. Me levanto así, medio asqueada, con pedazos de visiones en la mente.

Alejandro y Soraya hablan de tener hijos. Pongo cinco platos en la mesa. María se enoja porque frío los huevos con mantequilla. Pertenezco entrañablemente a la cotidianidad: ésta me consuela, me devuelve a la inteligencia.

Francesco Perretta, el único ser que amé en Roma porque la detestaba tanto como yo, mirando sus calles perfectas y sufriendo por el aire inmóvil del conservadurismo estéril de su pensamiento, decía que cuando sus libros se interrumpían, construía la carretera de sus pensamientos en la carpintería del jardín. Entre los baúles, las mesas de pino grueso, las sillas a reparar, encontraba el hilo, la continuidad.

— Un niño y una niña, pero deberás vivir aquí — dice Soraya.

"Los padres encuentran siempre una excusa para sufrir, pues hacen hijos para vengarse de su incapacidad de hacer otra cosa". Me refiero a mi madre. "¿Será lo mismo para nosotros? ¿Nuestros hijos vivirán las mismas angustias, las mismas necesidades de huir de la protección histérica que le brindamos por no vivir nuestra propia vida?"

La luz clara del sol inunda la cocina. Federico nos alcanza. Su voz es un llamado a la presencia y, no obstante, Alejandro refleja algo en su cara de tímido estudiante de historia, algo que incumbe a mi vida como lo aprendido, como la escritura que, adquirida a los seis años, a los veinte es un instinto. La voz de Federico me llama a un presente que la figura de Alejandro aleja.

— Estos dos deben de trabajar, Soraya.

Federico interrumpe mis pensamientos:

— ¿Qué te parece si los acompañamos a Estelí? Po-

drán hacer un buen reportaje sobre la fábrica de puros.

— Que sepan — dice Soraya — que la revolución no es sólo construir un ejército, sino abrir para todos el camino hacia un mundo nuevo.

Salimos hacia Estelí como si fuéramos a un día de campo. Alejandro pide, de vez en cuando, parar el coche para tomar fotos, reacostumbrarse a los lentes, el acercamiento del tele, la deformada realidad del gran angular. Ojeo datos y huelo el humo del puro de Federico en la casa, una botella de cognac en la mesa. *La flor de Nicaragua*, de 14 a 30 mil puros al día enrollados en las piernas de 285 mujeres. La defensa de la producción tabacalera en la frontera. Un sindicato. Veinte mil cajas mensuales hacia el aeropuerto.

El coche rueda por carreteras donde milicianos, maestras de escuela y campesinos piden autostop por falta de transportes. En la salida de Managua un gran deshuesadero: los coches descompuestos se tiran por falta de refacciones. Fernando Birri escribiendo. Pasaba un trenecito de Masaya a Managua. El último vagón era nuevo, plateado. Lo señalé. Me explicaron: “¿Sabés como está hecho? Con dos viejos buses achatarrados, casi inservibles, cortados en dos y reunidos. Las dificultades para obtener refacciones por el bloqueo económico y los problemas de cambio, nos obligan a hacer de varias cosas viejas una nueva cosa útil. Se llama técnica de innovación”. *La innovación sembrando el arcoíris*.

Veinticuatro mil periodistas en Nicaragua por cinco años, inventándola. País noticia. Encerrados en el Intercontinental prueban frente a los espejos sus nuevos

chalecos antibala. Obtienen amantes por pocos dólares y cogen entre ellos. Agasajados, vuelven pronto a sus cómodas casas lejanas. Nicaragua triunfa cuando la izquierda ha perdido las modas literarias y, sin embargo, es un sueño, la libertad. Y la muerte. La resistencia. El hambre. Una carretera que nunca termina. La cosecha del café. La campaña contra la poliomeilitis. El heroísmo del escarño vivir cotidiano, actos banales de la vida a pesar de todo. Sin su revolución, Nicaragua sería un pozo de calor inmundos.

Como la fantasía invade los documentos ahí donde el tiempo corrompió el papel o borró la tinta, así una luz, una palabra, un sabor o un gesto traen a la memoria recuerdos deformados por el invento que es, como en un documento, el verdadero creador de la historia de la gente. Federico pasa un brazo por mi hombro y es otro coche, otro viaje que me salta a la memoria mientras él siente otra piel, otra mujer apretarse a su costado.

La antigua Saida, sus casitas blancas y malholientes de puerto mediterráneo, un hospital improvisado para los heridos, las mujeres con velos vendiendo pan ázimo en las calles. Neghib me arrastraba hacia el coche: “Hay que volver a Beirut”. A lo lejos nubes blancas de pólvora.

En la gran resequedad del litoral veraniego, daba vueltas la carretera hasta llevarnos a un retén israelí. Mi carnet de periodista había salvado a Neghib sin lograr evitar la revisión del auto. A la orilla de la pista, un pabellón médico. Una teniente imploraba: “Quiero tener hijos”. La bala le había destrozado los intestinos y el útero. Neghib se alejó: “No puedo tener piedad, mi

gente muere de lombrices cuando no la matan". En los ojos, una determinación desesperada.

Al parejo con la noche, bajaban las gradas de la estación de Harlem saliendo del Museo de la Raza. El metro sucio que los llevaría a Gran Central llegó tan pronto que sintieron la necesidad de zafarse de la marea de nuevayorkinos que se embarcaban en los trenes posmeridianos. Caminaron dejando atrás cada instante de su encuentro. La exposición y sus escasos visitantes: dos salas reducidas a corredores de paneles blancos y luz redonda y un cuadro final, de proporciones monumentales en el cual el color desbordaba la tela invadiendo el muro, coloreándola. Federico murmuró: "¡Qué horror!" Y ella, apareciendo a su espalda: "¿Lo dices en serio?". Hablaron de nada al principio hasta que empezó a sollozar dejándolo desamparado. Pudo haber sido en el metro, en un bar, pero fue en la galería. Luego, dejando detrás los trenes y la gente, en las calles iluminadas y el frío, sintió deseos de abrazarla, escuchar su español silbante. "Los hombres somos tan estúpidos, capaces de enamorarnos por una situación patética", pensó y dijo: —Si quieres, Daniela, podemos ir a mi casa. Vivo con una amiga, pero sin *engagement*.

Pronunció su nombre a pesar de que se había prometido no relacionar la foto de la invitación con el cuerpo rizado que se apoyaba en su brazo. Daniela Azome empezó a reír despacio, en crescendo, histéricamente y pasó con él las siguientes dos semanas.

Martha Luz Espinoza de simple separadora de hojas de tabaco se ha convertido en la directora de los envíos y del comercio de la fábrica. Me enseña un camión que llega entre los festejos de los trabajadores.

— Ellos se han incorporado voluntariamente en las milicias populares porque la fábrica necesita del tabaco que se produce en las zonas fronterizas y Nicaragua necesita del trabajo de nuestra fábrica.

Me arrastra a las bodegas, las salas de elaboración y almacenamiento, el comedor y la tienda popular. Un recorrido sincopático, de cadena de producción y, sin embargo, tranquilo como el paseo de un campesino por campos que ama fertilizando y arando, en la siembra y en la cosecha. Nos invita a comer. A las doce, los niños salen de la guardería y se reúnen con sus madres en el comedor sombrío. Hay risas, gritos, frijoles con arroz, plátanos fritos, una cuchara para cada quien.

Federico se acerca:

— Quizás no nos veamos en mucho tiempo. Será difícil que yo salga. No habrá dinero.

— Yo te lo envío.

— No querré salir. A pesar de tí.

— Es absurdo que tú hagas la guerra, ni sabes disparar. Si te matan serán muchos años de preparación tirados al aire, debes de quedarte afuera.

Federico me mira con la pena de quien sabe que ningún discurso podrá hacerle cambiar de idea y, no obstante, está profundamente de acuerdo con lo que se le dice. Se acaricia las manos y suspira sin dejar de mirarme.

—No me esperes. Si cuando esto se acabe no tenemos a alguien con nosotros de extrema importancia podremos vivir juntos.

Se aleja. El comedor es un lugar sombrío de mucho ruido humano. Salgo al patio de embarque. "Fumar aquí sería un suicidio", es lo único que balbuceo.

Cuando vuelvo con los demás, una extraña agitación se ha apoderado de Alejandro y Soraya que me jalan de un lado a otro de la fábrica, se suben a los altillos de las separadoras de hojas, me ponen la mascarilla para entrar en los almacenes de tabaco donde las hojas acumuladas despiden un gas levemente tóxico y me empujan en la oficina de la directora que nos espera con un trago de *Flor de Caña* y una caja de puros. Otro coche ha llegado por Federico demostrando que ni uno de sus gestos están dejados a la casualidad y la visita, propuesta en el desayuno, era parte de un plan organizado de antemano.

La noche baja rápida. El cielo pasa en escasos minutos del azul acero al índigo para cerrarse en sí mismo con la violenta entonación del mar en tempestad. Siento una extraña nostalgia de México y Casura a la vez. Como si una ciudad entrañara la otra.

Recuerdo el borador de un poema dejado inconcluso en la mesa de un hotel de San José:

Cada tierra encierra a lo lejos
la que quiso ser mía

La distancia del lugar de residencia, que nada tiene que ver con los recuerdos más profundos, con esa nostalgia inacabable y de entrañas que remite a espacios desde una época remota, despierta los sentimientos de amor hacia la tierra natal.

Alejandro se encierra en el cuarto oscuro.

Soraya en una silla aleja el momento de volver a casa, sola.

Y el télex chilla:

MEXICO LLAMA MANAGUA
AQUITATO. RECIBEN?

O.K.

DEJEN SUS LOCURAS CENTROAMERICANAS, LA
CRISIS DE ASMA ME OBLIGA A SALIR DE VACA-
CIONES. SIN SENTIR LA MENOR CULPA, NOM-
BRO ISABELLA COSMO COMO MI SUSTITUTA.
ALEJANDRO VALVERDE JEFE DE FOTOGRAFIA.
LOS ESPERAMOS PASADO MAÑANA.

A PROPOSITO: EXCELENTES TEXTOS Y BUENAS
FOTOS.

NECESITAMOS RON

ES TODO

FELIZ REGRESO.

Una ola de muda tristeza ha caído sobre nosotros y nos quita la fuerza. Me siento a la máquina de escribir como un animal que ha luchado por su vida y pocos instantes antes de morir se entrega sin reserva y sin miedo, aniquilado por su propia impotencia.

Con el ruido de dientes que rechinan, los vidrios se derrumban. Una violenta sacudida me tumba de la cama mientras Alejandro entra corriendo. Se abren las demás puertas y del corredor y las ventanas huecas llegan humo e imprecaciones de gente alarmada, casi histérica.

—¿Qué fue?

— ¡Nos invaden!

— ¡Llaman a las milicias!

— ¡La contra!

Alejandro jadea. En su cuarto Soraya está tendida en el piso. Miraba la noche cuando los vidrios explotaron abriéndole dos largas heridas en la cara y el brazo derecho. Me pongo los pantalones y una camiseta y nos escabullimos entre la gente asustada. Al llegar reconozco la mancha oscura del suelo, viscosa al tacto y dulzona.

— Agarra las toallas y mójalas. Hay que llevarla al hospital.

Temblando se arrastra por el piso hasta nosotras. Pedazos de cristal se han incrustado en la alfombra y las paredes. Su mano empieza lentamente a sangrar.

Con Soraya en brazos, bajamos la escalera mientras los mozos del hotel corren de un lado a otro con velas y calmantes. Arranco el coche y me dirijo hacia la Laguna de Tixcapa. Tengo tiempo sólo para una ojeada: los hangares del aeropuerto están en llamas.

— Estuvo cerca —, digo y caemos en el silencio.

Los gemidos de Soraya son ligeros como los chillidos de una rata. Una ambulancia nos dobla y nos abre el camino. Alejandro acaricia el rostro de su mujer y le sonrío como si ella pudiera verlo.

— No es nada, verás — trato de consolarlo. Pero pierde mucha sangre y lloriquea de forma que Alejandro no puede creerme.

En el hospital, las ambulancias se agolpan en la puerta. Rápidos camilleros cargan a los heridos mientras los coches vuelven al rescate. Soraya baja del Mercedes deteniéndose en nuestros hombros. Un médico la recibe apresuradamente.

Ya solos, nos sentamos en una banca de madera, al lado de un macetero.

—Después que Chita desapareció en Santiago, nunca había vuelto a enamorarme —suspira patético Alejandro.

Tiene fija la mirada en las baldosas. Con un gesto lento tiende su mano hacia mi brazo y lo agarra con la suave desesperación de los hombres que aman el miedo de una situación límite, la posible muerte del amado.

— Han pasado doce años — respondo desde la misma posición en que caí desde que nos sentamos. Mi voz sale ronca, como una sentencia.

Poco después una enfermera nos pregunta si somos parientes de Soraya y nos separamos.

Hacia el carro, súbitamente, como una niña asustada en una casa vacía, echo a llorar. Es la primera vez desde el hospital de Saint Denis y la plena conciencia de este hecho redobla mi desesperación y lloro de rabia, de soledad, de abandono atragantándome de mocos y lágrimas en breves y sonoros sollozos.

Un camillero pasa y, para consolarme, me asegura que en unas horas Soraya estará bien. Sigo hasta el coche donde recargo la cabeza en el volante con un gesto de renuncia melodramática. Me avergüenzo de mí misma y, no obstante, no puedo parar. Quisiera que cada lágrima fuese de fuego para echarla contra Federico, Roma, los bombardeos, Alfio, mi madre y mi pinche, pinche necesidad de escribir. Lloro por haber dejado los tranquilos muros de Casura y, a la vez, porque mi padre no entendió que necesitaba irme; por amar a Federico y porque nadie me acompañaría al hospital si me lesionara. Lloro y mis propios sollozos me conmueven. Me doy pena. Y me gusta.

De pronto se corta la corriente y mi llanto queda mudo. Estoy ante mí misma, jadeando como un herido, como si la ola de la desesperación me hubiese lanzado lejos del mar en una tierra seca, agitada y oscura. Las manos se agarran del volante, levanto la cabeza y con un ronco suspiro echo a andar el auto.

Del aeropuerto se levanta una columna negra de humo. Por las calles, ni un solo acto de pánico. Las familias se han colado en sus refugios y las milicias y el ejército patrullan las calles y las carreteras de ingreso a

la ciudad. Sólo al lado de los hangares los curiosos se amontonan. Todos saben. Todos han visto.

Tommaso recorría cada piedra del camino de su casa al centro, con la pasión morbosa de un paleógrafo por el palimpsesto, documento en el cual se sobreponen diferentes noticias, de siglos y escrituras distintas. Todas las noches, su brazo cruzado diagonalmente por mi espalda, mi mano derecha en el bolsillo izquierdo de su pantalón de mezclilla. Para romper la monotonía del día, nos encontrábamos bajando por Vía Garibaldi. Cruzábamos Ponte Sisto agarrando por Vía Giulia hasta doblar a la derecha hacia Piazza Farnese donde comíamos una *pizza al metro* de alcachofas para seguir hablando hacia Fontanella Borghese o doblar a la derecha, llegar al Campidoglio y sentarnos bajo la estatua de Marco Aurelio.

Esperábamos las vacaciones con cierta impaciencia. Yo podía dedicarme a escribir y él se encerraba en el cuarto oscuro esforzándose para conseguir una siempre mejor calidad para sus fotos. Eran días que se nos regalaban sin obligaciones ya que no festejábamos la navidad y en verano huíamos de las playas repletas de curulerías, modas y gente.

El de 1977 fue un diciembre templado sin demasiada lluvia. La noche caía temprano y desde nuestras habitaciones iluminadas nos hacíamos señas para encontrarnos frente a su puerta. Ese día nos tardamos en atravesar Trastévere en busca de una farmacia. Era un barrio amado que comenzaba a gustarme menos. Tommaso hablaba lentamente de la posibilidad femenina de procrear aún sin pareja. Una supremacía que lo alejaba

de Cecilia cuyo hijo era suyo sin verlo, sin haberlo visto nunca y sin poderlo reconocer, criar y gozar. Detestaba su rápida eyaculación que lo ligaba a la reproducción como un mero anexo seminal queriendo deformarse durante nueve meses, parir y amamantar. Yo tenía un rechazo tan fuerte a la maternidad que me daba asco escucharlo.

La oscuridad nos envolvía por completo y sólo cada veinte pasos la luz blancuzca de los faroles nos alumbraba el pelo, las caras y los hombros. La jaula de la loba de Roma, símbolo imperial un tanto ridículo en la Italia de la crisis económica, mostraba sus barrotes oscuros. Desde lo alto de la escalera, los Dióscuros nos miraban. “¡Putá, como te quiero!” le dije sin detenerme. En el silencio en que nos movíamos tronó exagerada la explosión de quince kilos de dinamita que volaron las puertas del Campidoglio y su fachada, justo detrás de la estatua ecuestre de Marco Aurelio cuyo caballo se mantuvo firme a pesar del pedestal destruido.

Cuando arribó la policía ya nos habíamos escabullido más allá de Botteghe Oscure temblando de miedo. La escuchamos llegar, atrasada y nerviosa desparramando sus sirenas y su poder en la noche.

— No creo que haya mucha diferencia entre la violencia de su cargo y las bombas. Odio este país sin libertad—, dije abrazándolo.

Roma se me figuró una enorme cárcel de estatuas y monumentos. Un pasado de guerras e iglesias sobrevivía en ella como un vampiro, muerto insomne que de noche chupa sangre y energías a sus habitantes, a sus amantes.

Tommaso se sentó en las aceras del Panteón, miró

las mesas de los cafés vacías, ancladas por gruesas cadenas al suelo. Una motocicleta pasó ligera devolviendo en el aire frío y limpio una risa de muchacha.

—No entiendes nada —dijo. —Esta es una ciudad espléndida.

Sandra discute con un guardia aeroportuario levantándose sobre la punta de sus pies para alcanzarle los ojos con la mirada. Agita malhumorada el carnet de periodista mientras aquél repite su estribillo: “No hay noticias. No sabemos nada”. Roberto Bentivoglio los mira con aire soñoliento semiechado contra la pared de la sala de espera. Por momentos, cierra el ojo izquierdo inclinándolo la cabeza hacia la derecha con el aire de un pintor que escudriña un objeto nuevo, de interés: el amontonamiento de pisadas mojadas de barro y ollín en el hall de la estación aérea. Su cabello, de un castaño ceniciento, le cae en pequeñas ondulaciones sobre las orejas dándole una apariencia infantil.

— ¿Hace mucho que llegaron?

— No nos van a decir nada: todavía ni saben lo que ha pasado.

Roberto pasa su brazo por el mío: — Te voy a llevar a dar una vuelta: no me gustan tus ojos.

Una vergüenza caliente me sube por las mejillas, mientras siento el mismo calor en los ojos.

— Hirieron a Soraya y la llevé al hospital —, trato de justificarme.

— A ver cómo lo entiendes: ayer se supo de la instalación de un radar. Tuvieron que interrumpir la eterna carretera hacia el Atlántico para comprarlo. Y hoy bombardean. Hace dos semanas, otro bombardeo, en

Las Segovias, donde también hay radares, destruyó la escuela de una cooperativa agrícola. Hay dos posibilidades: o no saben manejarlos o los aviones vuelan protegidos por una barrera anti-radar.

— Pero sería obra de una tecnología avanzadísima.

— Sí.

Se pasa una mano por el pelo claro: — Es horrible—, dice hablándose a sí mismo.

La noche se llena de gigantes oscuros, malinches de flores negras y perfiles opacos que se dibujan con manchas de tinta china en el gris pastel de los alrededores. Sobre la maleza que invade las ruinas, la luz de la noche es bella y lejana y sobre la Plaza de la Revolución las sombras de las banderas toman reflejos azulados. Unos perros cruzan las vías. A unas cuantas cuadras, el lago muerto y maloliente levanta de sus olas sombrías una brisa ligera.

Un borracho se cruza con nosotros y pide un cerillo. Recuerdo un libro de mi infancia en el que un rey africano y alcohólico moría incendiándose con un fósforo al preparar un grog. Tres milicianos patrullan el parque.

— ¡Qué tal! — grita uno. Los demás levantan sus manos en un saludo amistoso: — Buen susto, ¿verdad?

Asentimos con las cabezas.

— Fueron tres helicópteros. Los abandonaron detrás del Momotombo y, después de haberlos incendiado, prosiguieron en coche.

— Tienen dinero—, agrega el más viejo.

— Son cobardes, *pouagh* . . . —, escupe al suelo el primero: — Nunca dan la cara, como los coyotes muerden y escapan.

Sacan sus cigarrillos, nos convidan la primera ron-

da. Después le toca a Roberto que los invita al kiosco por unas *Toñas*, cervezas ligeras de color turbio. Aún en las horas más altas de la noche, siempre se encuentra un vendedor dispuesto a abrir su cuchitril para echarse su copa con los clientes, contar sus historias, beber los cuentos de los demás.

Tomando cerveza, los muchachos sacan las fotos de sus novias, bromean sobre la fidelidad y comparan el trasero de la estatua de la libertad con el de la última instructora militar que tuvieron. Manuel tiene dos hijos, Pamela y Maximiliano, y se ríe con los demás por la cursilería altisonante de sus nombres. Le cuento de un viejo que se llama Circuncisión por haber nacido el primero de enero. Cada quien tiene su chiste y los relatos que surgen al calor de unas copas se mezclan con descripciones de armas, narraciones de heridas, desahogos acogidos con silencios cómplices que duran el mismo tiempo que una risa tras una broma. La guerra está en esta plaza como las ideas de un escritor en su libro: entre líneas. Y, sin embargo, este preciso instante con nuestras risas y comentarios, la discusión en que se enfrascaron Roberto y Bumercindo, las miradas descaradas de Manuel a mi busto, el sueño de Salvador, no existirían sin el conflicto de nervios en el que nos movemos, colmado por privaciones más que de gloria, de sacrificios diarios y mezquinos: el jabón, la gasolina, el servicio militar obligatorio.

—En Ocotál—, se despierta Salvador, la contra mató a unos alemanes tan sólo por habernos dado un *raid*. Apenas nos bajamos, ¡papoum! , un mortero.

—Tienen un lema— agrega Manuel mientras su amigo vuelve a dormir.— “Si quieres hacer patria, mata a un internacionalista”. ¿Qué te parece?

En todo militar he siempre palpado un gusto histriónico para asustar al civil, con cuentos que son reales sólo cuando la verdad rebasa la imaginación morbosa de quien escucha, como si la guerra fuera un inmenso escenario donde se representa sin cesar la entera comedia humana.

—No me van a asustar.

—Con vos no vale la pena hablar.

La noche nos acaricia, nos despierta y duerme como un riachuelo haría con un barquito de papel. Finalmente Bumercindo se levanta para volver a sus guardias. Cuando se alejan noto que Manuel cojea.

—Isabella—, Roberto se ha levantado también: —muchas veces me he preguntado por qué rechazas a Sandoval. Te quiere como un maestro inteligente, mirándote desde lejos y haciendo planes contigo. Una vez vino a proponerme que te ofreciera trabajo porque él no se atrevía a hacerlo.

—Roberto, ¿te acuerdas del Tigre de la Malasia de Salgari? Cada vez que pienso en él se me figura Sandoval. No sé si por el nombre o si porque cuando me ve parte al abordaje y me habla y habla de trabajo, durante horas, cañoneándome de artículos, datos, consejos. Una noche que había tomado demasiado, le dije que no volviera a molestarme porque su apego al periodismo era parecido a la locura de un empleado de ferrocarril por el horario de sus trenes. Se echó a llorar y se arrastró tras de mí por la escalera del hotel confesándose que era poeta.

Conozco la amistad que ata a Roberto y Sandoval Cano y me remuerde la conciencia hablar. En Argentina, la oficina de Roberto fue dinamitada por la Tri-

ple A. Semiescondido, durmió en las instalaciones de la agencia donde Sandoval lo protegía y alimentaba.

—No quiero ofenderlo. Sé que esto quedará entre nosotros.

Suspiro: —Yo sólo he trabajado con él dos semanas en Guatemala. Sabes que en ocasiones como esas una noche se les escapa a todos.

—Pero él quiere vivir contigo.

—Sería como volver cada día sobre mis pasos para sentir la angustia que probé cuando decidí dejar de escribir. El me declamaría mis propios versos que considera *logrados* y probaría su frustración reviviendo la mía.

—Deberías decírselo.

—¡Por dios, qué derecho tengo de ofender a un hombre por el simple hecho de no amarlo!

—El . . .

—No me hagas sentir culpable. Nos dejamos en Guatemala y un día llega a México con la traducción mecanografiada de *Camminare*, unas rosas y una botella de vino. ¿Qué tengo que ver yo con lo que él ha inventado, con el amor que él siente?

Siento una repulsión profunda por el amor indeseado como si fuera una violación al derecho individual, una falta de respeto. Mi madre me mandó al psiquiatríco por publicar:

Sentía su presencia en la boca en mi cuello
los pezones el ombligo
la raya de pelo que baja hasta el clítoris.

Sandoval lo haría porque he dejado de escribirlo.

¿Sabes qué me repugna en él? Su actitud familiar.

Miro la cara perpleja de Roberto y me arrepiento de lo que estoy diciendo: —Quiero decidir por mí y no acepto críticas previas.

Mi voz ha tomado un tono casi estridente. Roberto sigue caminando.

—Te veo siempre sola. ¿Recuerdas “identificación de una mujer”, de Bertolucci? Pues, Federico es tu fiesta, tu cocaína, pero no tu normalidad.

—¿Qué sabes tú?

Rompo en un llanto ligero como el que sigue a una pesadilla y baja por las mejillas a la sensación de seguir con vida, en una oscuridad calmada, sin ruidos ni premoniciones. Del cielo cae una lluviecita que refresca el aire, pule las finas estacas de las que penden las banderas, lava las hojas de los malinches y las hebras que invaden el camino. De la catedral derruida se alza un olor a tumba recién escarbada. Los soldados levantan las caras morenas para ofrecerlas a la frescura purificadora del agua.

Roberto me acaricia la cabeza ya no como un hermano mayor. Es un padre, un abuelo. Me siento ínfima bajo su mano protectora.

—Vé a dormir, ahora.

—Sí—, obedezco en un susurro.

Sentado en un sofá esquinado, la copa de cognac apoyada en una mesa cuadrada, Alejandro dormita con la cabeza echada hacia atrás, ofreciendo su garganta tosca al silencio del *lobby*.

—¡Isabella! — grita despertándose: —Te estaba esperando.

Sonríó frente a la absoluta incoherencia de un hom-

bre en pijama sentado en un sofá de hotel esperando a alguien y durmiéndose. Se lo hago notar.

—No te burles.

Contesta con el aire seco de quien ha bebido mucho y carece de sentido del humor. El fuerte olor a cognac que despide lo comprueba.

Tomados por el brazo subimos las escaleras de alfombra roja.

—Tengo mi carta de renuncia, se la entregarás al Tato.

—¿Qué puta...?

—Hay que estar donde el corazón te dicta. ¿Para qué vuelvo contigo? , México ni siquiera tiene la alegre estupidez de París.

—Pero debes de volver.

—¡El deber! Supongo que te sientes feliz de recordármelo ahora que estás sola. Bueno. Pero hay un deber más grande que enviar diez fotos y escribir para vacas que no levantarían un dedo si Nicaragua fuese invadida: amar.

Me echo a reír, pero Alejandro sacude violentamente la cabeza:

—No te rías. Hablo de hacer desinteresadamente lo necesario para estar bien con el ser amado en una tierra, un país, un proyecto que compartes.

Deja caer el cuerpo con alivio en un escalón y baja la voz para confiarme algo, con gesto sacerdotal. Es evidente que busca mi complicidad, pero todavía espera convencerme.

—¿No comprendes? Hay que luchar por la felicidad. Respira pausadamente: —Con alguien.

—Pero te vas a aburrir mortalmente en esta ciudad—,

contesto sabiendo que es una estupidez: —No vas a poder hablar con nadie.

—Hace mucho tiempo que no creo que sea posible hablar inteligentemente sino de recuerdos.

—¿Te vas a contentar con verme de vez en cuando y charlar del pasado?

—No. Voy a trabajar para el futuro en este país, desde aquí y con Soraya.

—¡Dios mío, estás enamorado!

Nos echamos a reír los dos, sentados en la escalera con las espaldas reclinadas contra la pared. Las manos estrechadas en un gesto cómplice.

—Sabía que ibas a entenderme.

Subimos lentamente. Es ridículo despedirnos con tanto silencio después del desorden armado en las gradas, no obstante nos besamos como dos hermanos que se han escapado de la custodia paterna y vuelven a sus camas tras haber jugado en el ropero

De la ventana de mi cuarto entra una luz rosacea que invade el cielo con rayas malva que se pierden en el infinito. Una aurora tropical de colores densos. Paso las dos manos por mi rostro y con los ojos todavía semicerrados diviso a Federico en la cama.

—Tenemos un alba—, me susurra cuando me tiendo a su lado.

Su piel es una cuerda caliente dibujando espacios, sólidos músculos que se agrandan y tienden bajo el trazo de la figura. Una boca de labios chiquitos y duros cuyos dientes golpean los míos y se abren para dejar paso a una lengua deseosa mientras las manos nos reco-

rren temblando, abriéndose, rozando y reconociendo huecos y protuberancias.

El amor en su expresión física, sedienta. Agrandado por la proximidad de la despedida y constante en su repetición milenaria de movimientos oscilatorios. Relajamientos y tensiones mil veces iguales a si mismos como un vuelo de gavián abriéndose en el espacio, heróico como una épica, libre como el arte.

A medida que el avión baja hacia la densa nube gris que oculta la ciudad, me invade una soledad cansada e inerme. Las mujeres vuelven a sus asientos con el maquillaje retocado y el peine en la mano. La luz opaca blanquea el papel del periódico. De la portezuela del baño sale una joven. Cruzamos nuestras miradas. Una señora de azul marino que no finge en su intención candorosa de maravilla y deseo. Casi a la altura de mi asiento, su voz chillona coquetea con la sonrisa del hombre con quien se encuentra; sube un decibel en una risa sensual y se pierde en el ruido de los motores.

Mi prima Elisabetta baja las escaleras de la catedral en su vestido de lino de doble tonalidad. Sus tacones en la piedra oscura de las calles de Casura son un repiqueteo de pasos y caderas ondulantes, lentas. Alfio la mira fascinado mientras se desliza por los muros severos del obispado hasta encontrarse, entre la plaza y el

puerto, en una callejuela estrecha y larga, con una curva que la corta en el medio. Su voz cada día se levanta ahí en un “¡Hola!” agudo, forzado que patentiza su confianza con la marquesa Grotanello.

Volví de Beirut con una fiebre persistente y el alma en los pies. Sólo me calmaba en clima seco y caluroso. Impune, Tommaso me acompañaba por las tardes desiertas de las calles sicilianas, agobiantes de calor y sed, blancas como reflejos puros. El silencio nos acercaba a un tiempo rítmico y estancado a la vez en el cual nos desplazábamos cómodamente, sorbiendo el placer de estarnos escoltando.

Un sábado volvimos más tarde de una partida de pesca, pasando por la Piazza del Duomo a la hora en que la iglesia principal vomitaba sus feligreses. Elisabetta se nos acercó. La voz chillona no pudo contener el rubor de sus mejillas. Ni la tos de Tommaso, la erección que evidenciaba su flaca constitución.

Hay hombres cuyo simple roce enciende las más violentas y cortas pasiones. Su aliento despierta erizamientos y, al simple mirarlos, el deseo revienta la piel del bajoventre y duele el rubor caliente de las orejas. No hay muro o prisión que pueda separar una mujer del hombre que la excita aunque, una vez aplacado el hambre que provoca, los besos se convierten en absurdos pagos al favor recibido.

A la semana, mi prima se vistió nuevamente y, saliendo de la casa, volvió a sus cansadas misas y los saludos estériles de la Grotanello.

Pesa en el bolsillo de mi chamarra, la carta que Federico me dio para el Oso y la despedida mañanera de

Soraya me duele. Quisiera dormirme para no pensar en la cara sorprendida del Tato Cervantes esperándome en la acera de Bucareli con sus preguntas estúpidas, su voz de provinciano astuto, cínico y obstinado, que recuerda con insolencia los deberes a los que no se pliega.

Se produce un alto; acaban de prenderse los letreros rojos: “No smoking” y la azafata recorre el pasillo recomendando abrochar los cinturones: “No pasa nada. Sólo el tren de aterrizaje que no baja. Conserve su calma. Quitense los zapatos”.

Un olor a ser humano se desprende de los pies descalzos, recubiertos apenas de calcetas multicolores. Mi vecino me agarra del brazo. Sonríe con dificultad. Cada uno de nosotros reproduce por una única e irreplicable vez el universo entero. Qué es, entonces, la muerte sino la desaparición del sol, la vida, el amor y las estrellas.

—No se preocupe; trate de dormir.

Y recuerdo reportajes sobre las insuficientes medidas de seguridad del aeropuerto Benito Juárez.

—Para un buen piloto, un aterrizaje forzoso es un juego de niños.

Aeronica, aeronunca, tiene aeronaves viejas y pilotos jóvenes:

—He visto aterrizar aviones en campos arados.

La aviación alemana presentando el mejor avión de guerra hasta entonces producido:

—Y murieron sólo tres jóvenes.

El señor me suelta:

—¿Sabe usted rezar?

—No lo recuerdo.

—Lo haré por usted.

—Mejor para todos.

No smoking empieza a tiritar cubriéndonos por momentos de tenue luz roja. La azafata se sienta y saca los zapatos azules de tacones altos. Una niña llora, mientras su mamá trata de consolarse repitiéndole: “No pasa nada, hija; no pasa nada”.

“Señores pasajeros la temperatura afuera es de 26 grados centígrados y llueve, en caso de incendio rompan los vidrios de sus ventanillas”. El capitán tiene la voz tensa.

—Bromea. Ni siquiera con un martillo podríamos romper estos vidrios.

—Todo es posible.

—¡Señor, acógenos en tus manos!

Neghib en una poza de sangre, retorciéndose. El toque de queda cuando me llaman al hotel. Beirut como un saco negro o una de esas fajas crepón oscuro que se ponen en las puertas de las casas de Casura cuando un muerto está recordándose todavía. Mi coche con su cartel de prensa pintado en blanco y rojo atravesando el cordón que separa la ciudad árabe de la blanca. Y él ahí, en un cuartucho con un médico sucio de sangre y cansancio:

—Mi gente muere.

Las manos sudadas y mi rostro atento, rabioso y acongojado:

—Amigo mío—. Como en un rezo agarro sus manos: —No te mueras. ¡No te me mueras! , por favor.

—Qué Allah proteja mi gente.

Los ojos de Neghib fijos en la pared. Su mano se abre y un ojo azul, esos amuletos turcos de doble cara que rebotan el mal de ojo sobre quien lo ha lanzado, le

cae en la sangre. El médico levanta los hombros. La fiebre sube con un llanto ronco: “Que Allah proteja tu gente”. En la cabeza rebota una idea: “Si por lo menos me hubieras dejado un hijo” y lloro.

El viejo a mi lado me tiende las fotos de su familia:

—Si me pasa algo, usted los avisa—, me ordena suplicante. Asiento con la cabeza. El hombre teme a su propia muerte olvidando que la rabia que siente por los sobrevivientes morirá con él.

Las luces se apagan. En los asientos traseros, las mujeres se han reunido para rezar el rosario. De la ventanilla veo pasar nubes bajas, blancas y grises, como en cualquier aterrizaje.

Paso la mano por mi bolsillo y encuentro la carta de Federico. Con la desesperación de una soledad que muerde el alma, busco leer en la oscuridad creciente sus letras. Me atraen como su carne, su mano, su escritura diminuta impresa en tinta china. Lo leo. Lo hago mío. Lo siento.

“Mi querido amigo,

Es la primera carta en serio que escribo desde que he tomado la decisión, este extraño saber que lo conmueve todo.

Quería estar seguro antes de escribirte. Por supuesto, estaba asombrado frente a mi capacidad de resolución y la necedad con que lo he comentado a Isabella. Pobre amiga nuestra que he llegado a querer tanto y que abandono nuevamente. Jamás supuse que lo aceptaría tan totalmente, ¡cómo si mi lucha fuera en parte la suya!

Quise escribirle, pero estoy seguro que tú podrás hablar con ella más serenamente que yo. Hace tiempo discutimos del compromiso que cada uno de nosotros tiene con sus cualidades y deseos. A veces, desdoblándome, me he entretenido mirando mis propias novelas; he sentido por ellas amor y desconfianza, como si fuesen armas perfectas, limpiadas y aceitadas diariamente, con cariño y que, no obstante, pueden ser tomadas y disparadas contra de mí. Toda acción profunda, todo amor con sus consecuencias de entrega y esfuerzo, son armas de doble filo; como todas las armas. Pero si las rechazamos dejamos de vivir, no de defendernos.

Recuerdo un cuerpo desnudo que pintabas con las manos; una mujer de senos grandes, en entrega. Si te hubieras enamorado de ella, de todas formas el cuadro te hubiese sobrevivido. Isabella ha dejado de escribir no tanto, como dice, por una desilusión editorial, sino por el pánico que experimentaba frente a su cualidad. Es periodista por miedo aunque haya escogido ser reportera de guerra. Amigo mío, sólo te pido que le recuerdes que el primer y más valioso compromiso es con nuestras capacidades.

Gracias a la decisión de partir he atravesado la barrera que creíamos existiera entre arte y revolución y he tomado plena posesión del reino de las letras. Te encargo no tanto a mi mujer como a esa amiga nuestra cuya poesía ha madurado por medio de experiencias terribles.

Federico”

Grandes lágrimas redondas caen por el sueter gris. El vecino me presiona el brazo:

—No tema—murmura.

—No lloro por esto—, le digo:—Es tan difícil darse cuenta de ser amado.

El viejo mueve la cabeza.

El avión se lanza en bajada, veloz. Los oídos se nos cierran presionando los tímpanos con un dolor sordo y persistente. De las ventanillas se divisan las ambulancias con la luz roja giratoria prendida. Dos carros de bomberos las respaldan. Del techo cuelgan las mascarillas de oxígeno que nos ponemos buscando aire y movimiento. *Como las verdescas que Alfio mataba inmovilizando.* Los tímpanos revientan. *Ave María purísima . . .* El vecino reza, los ojos cerrados, la mascarilla deformando su voz. Agachamos las cabezas, presionando nuestras caras contra los cojines que se han distribuido. Un gran golpe en el cóxis, como si a la hora de sentarnos nos hubieran quitado la silla por una broma estúpida, de colegiales.

Una niña se zafa de los brazos de su madre y rebota contra el asiento de delante mientras el avión se pliega bruscamente hacia la derecha, casi volteándose.

Como si toda la vida me hubiera entrenado para ese preciso instante, libero mi cuerpo del cinturón y me lanzo hacia el cuerpecito asustado, lo abrazo y quedamos, ella debajo de mí, agarradas, llorando, mientras las valijas me caen en la espalda, me abren la piel y chocan contra mis huesos.

De las ambulancias se adelantan dos personas, las veo venir hacia mí, e instintivamente, trato de arre-

glarme el pelo con la mano hinchada y sangrante. La mujer no se me despega del brazo, la niña sigue agarrada a mi cuerpo. El Oso me alcanza pasándome un brazo por la espalda.

—He abierto tu carta—, me disculpo:—Nunca lo había hecho.

El Tato agarra la mujer. Su mujer. Y también llora en su pecho. Como la niña en el mío, mientras empiezan a nacerme conatos de risa, sin histeria, felices, porque el universo no ha muerto conmigo.

Esta obra se terminó de imprimir en septiembre de 1986. En Programas Educativos, S.A. de C.V. Calz. Chabacano 65 Local A México, D.F. C.P. 06850. La edición consta de 2000 ejemplares.